

E l legado del tigre

Era pelirrojo, flaco, pálido, de ojos verdes, profundos y resentidos como jaula de tigre, ceji-junto y de tez manchada. Nos deteníamos, antes de cruzarnos con su mirada

Vladimiro Rivas Iturralde



EL LEGADO DEL TIGRE

Esta es una edición virtual, no comercial, para el proyecto temporal “Lecturas para la cuarentena”, de Libroteca Casa Égüez y la Campaña de Lectura Eugenio Espejo.

EL LEGADO DEL TIGRE

VLADIMIRO RIVAS ITURRALDE





Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura

Director General: *Iván Égüez*

Coordinación Editorial: *Andrés Cadena*

El legado del tigre, de Vladimiro Rivas Iturralde

© Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2020

Colección Luna de bolsillo

ISBN en trámite

Campaña de lectura Eugenio Espejo

El Heraldo 244 y Juan de Alcántara

Teléfonos: (02) 243 2980 / 225 6916 / 225 4997

info@revistarocinante.com / info@revistababieca.com

corpespejo@yahoo.com / www.campañadelectura.com

Casa Égüez, centro cultural

Juan Larrea y Río de Janeiro

Teléfonos: (02) 254 2531 / 290 1137

centrocultural@casaeguez.com / www.casaeguez.com

Concepción de portada: *Agustín Montúfar Égüez*

Imagen de portada: tomada de *www.freepik.com*

Diseño y diagramación: *Patty Montúfar Égüez*

La Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura es una iniciativa ciudadana que busca mejorar el comportamiento lector de los ecuatorianos. No recibe fondos públicos y se maneja mediante la autogestión y a través de la asociación con diversas entidades. Sus líneas básicas de acción son la edición y distribución masiva de libros, la capacitación a mediadores de lectura, la difusión de la literatura nacional en el extranjero y la reflexión teórica sobre el tema de la lectura. Forma parte de la Corporación Eugenio Espejo por el Libro y la Cultura.

*Para Araceli Colín,
esta novela inevitablemente sombría,
sobre una generación perdida.*

*«Todo hilo del papalote fantasmal
quiere ascender hasta el padre»*

(José Lezama Lima: «Nacimiento del día»)

*«La libertad no comienza cuando los padres son recha-
zados o enterrados, sino cuando no hay padres:
Cuando el hombre nace sin saber de quién es hijo.*

*Cuando el hombre nace de un huevo
que está tirado en un bosque.*

*Cuando al hombre lo escupen los cielos
hacia la tierra y él pone su pie sobre el mundo
sin ninguna sensación de agradecimiento».*

(Milan Kundera: La vida está en otra parte)

I

Era pelirrojo, flaco, pálido, de ojos verdes, profundos y resentidos como jaula de tigre, cejijunto y de tez manchada. Nos deteníamos, antes de cruzarnos con su mirada pendenciera, a ver el BMW plateado que nos dejaba boquiabiertos por un rato y daba lugar a una conversación sobre automóviles que se prolongaba hasta después de la primera clase. Nos demorábamos en la puerta del colegio, medio indiferentes a la sirena que congregaba a los que ya habían llegado al patio, metiéndonos las moscas en la boca antes de respondernos cómo pudo llegar acá un carro tan de acero blindado y tan de anuncio publicitario.

Salía siempre del asiento delantero, junto a su padre, y a nadie le constó nunca que cruzara una palabra con Guarderas, su patrón, que ocupaba el de atrás. A tal punto se eran ajenos que fue novedad cómo una ocasión le pidió Guarderas una regla de cálculo para una tarea, y se la devolvió enseguida, con

indiferencia. Román el pelirrojo se quedaba siempre un rato más, hablando con su padre, diciéndole y dejándose decir lo que en el trayecto de quince o veinte minutos había callado por la presencia del patrón. Qué se decían, no sabemos. A muchos de nosotros, sin embargo, nos consta que los dos pelados, aunque no se hablaran, iban a gusto con el chofer, Román padre. Tenía gracia, era ocu-rrente, contaba chistes colorados, y si los dos pelados querían hablarse, lo hacían a través de Román padre. Era un gran tipo y con algo de sabio: parecía tener la capacidad de ver la divinidad invisible que reside en las cosas. Hablaba de la luz solar, que inundaba todas las cosas vivas: plantas, animales, hombres, animando todo lo viviente, haciendo brotar de la oscuridad de la tierra la vida visible. Hablaba del diálogo entre una col y Sirio, la estrella más brillante, en la noche fría. Sostenía que todas las cosas eran sagradas, porque todo era Dios. Más allá de lo que dijera, estaba la convicción con que lo decía, sin énfasis, con la naturalidad de la respiración. Pero el resentimiento de su hijo parecía ser

tan fuerte como su sabiduría. Casi siempre llegaba Marcelo, el Cuña, segundos después, como si les hubiera venido siguiendo, en un Marina que estacionaba, roncando estrepitosamente, junto al BMW, de donde salía, pelirrojo y cejijunto, el Román, y entonces, mientras el Guarderas se había internado ya patio adentro para ser recibido por sus admiradores, el Román y el Cuña eran los compañeros que entraban juntos al colegio.

Román padre le había conseguido una beca y él se limitó estrictamente a cumplirla. En el colegio había de todo para todos: sociedades piadosas, de servicio social, clubes de montañismo, de ajedrez, de ping pong y de tenis, equipo de básquet, fútbol y volibol, clubes de oratoria, de teatro y literatura. Nunca quiso saber nada. Jamás se inscribió en sociedad, club o equipo alguno. Detestaba sinceramente estas organizaciones y todo tipo de asociación colegial; marginal y gris, no le importaba mucho tartamudear y ni siquiera deambulaba por los corredores para no llamar la atención. Nunca recibió un premio, ni sanción severa, ni castigo de consideración

que atrajesen hacia él las miradas ajenas. Y, sin embargo, no podía pasar inadvertido. El caso es que mientras el Guarderas iba dejando una estela de gloria a su paso por el colegio, el pelirrojo, solitario y marginal, se limitaba a pasar los años con calificaciones grises, las estrictamente indispensables para cumplir con la beca de su padre. Los clubes literarios o el grupo de teatro, por ejemplo, nos liberaban un poco de ese optimismo bobalicón que se respiraba en el colegio, muletas de algodón de azúcar destinadas a hacer de nosotros hombres de provecho, gerentes de empresa y patriotas profesionales. Por ellos nos instalábamos cómodamente en nuestra condición de privilegiados del espíritu, de seres superiores que esgrimían frases sueltas de Dostoyevski, Nietzsche o Camus, y no ocultábamos nuestro menosprecio por el rebaño escondiéndonos ostentadamente en esos libros que para los demás algo tenían de lugares sagrados, de cosa de iniciados. Pero el Román, que tenía razones más poderosas que cualquiera de nosotros para querer figurar en las élites, nos despreciaba visceralmen-

te. Y mientras el Guarderas, por ejemplo, deambulaba, bufanda al cuello, por los corredores, leyendo a Rimbaud y sembrando a su paso una cohorte de curiosos que se fueron convirtiendo en admiradores, descubriéndoles una angustia que reflejaba como un prisma la de cada quien, el Román atraía con su feroz orgullo a uno solo entre todos, débil y coloidal como nadie, necesitado también del odio para seguir viviendo, el Cuña. Él nos sirvió de enlace; supo mostrarnos la puerta y el puente levadizo al castillo del Román, porque penetrar en él es algo que nunca pudimos. El Cuña, por otra parte, reveló mucho de sí mismo con esa amistad. La mirada del Román no permitía las bromas. Sus respuestas eran acres, venenosas, y siempre duras como garrote duro. Sin embargo, no era solemne como nosotros, aunque las cejas parecían encontrarse en una vigorosa hendidura. Para muchos de nosotros, era el único que ya desde el colegio parecía saber lo que quería. Pero no destacaba, no quería destacar. Si consiguió permanecer solitario esos tres últimos años de colegio es porque de algún

modo quemaba como un fuego. Todos le temíamos. Nos sorprendió que el más débil, el más descolocado y pasivo, Marcelo, el Cuña, precisamente el hijo del Coronel, no le temiera y fuera su único incondicional. Hasta les vimos reír con frecuencia. Entonces, cuando reía, la nariz del Román enrojecía aún más y se abultaba en la punta, dándole el aspecto vagamente cómico de un cochero de Dickens. Y entonces hasta nos resultaba simpático, de veras. Pero en cuanto uno de nosotros se le acercaba, recibía de bienvenida una frase mordaz. Un escorpión. Sus víctimas —pocas, en realidad, porque muy pocos reincidieron— fuimos siempre los amigos del Guarderas. Una vez, habiéndonos echado la pera a clase de Cívica, el gordo Montesinos se le acercó para enseñarle a fumar en pipa. El Román le arrojó como si nada el humo de su Full blanco en la cara y le dijo, sin tartamudear, «Hazte humo». No era una provocación, era su modo de ser, frontera de un carácter que nunca llegó a entender el gordo Montesinos con su pipa de la paz. Así era. Sus agresiones se hicieron, con el tiempo, más re-

finadas, quizá menos notorias. Las encubría hábilmente en el estuche de una constante vulgaridad de conducta, en una patanería que logró ahuyentar de una vez por todas a los finos espíritus que rodeaban al Guarderas. Así es: quien quiere oler a zorro lo consigue. Y no es que fuéramos un comité de damas, no lo éramos —pues salíamos a explorar las cantinas y a emborracharnos de vez en cuando como albañiles, o a jugar billar y fútbolín en los tugurios del centro—, sino que Román el pelirrojo percibía un tufillo de falsedad en lo que hacíamos y nos enrostraba la pose, el artificio de quienes pretendían adecuar sus experiencias a sus lecturas. Granputeaba visceral, sinceramente, con la facilidad de un chofer, escupía desdeñosamente, y todo esto adquiriría para algunos de nosotros, pese a nuestra bohemia, una indefinible atmósfera de fetidez. Vencedor, verdadero, bien plantado en el odio y la náusea, había logrado que no le buscáramos, que nos apartáramos, aunque siempre supimos de él por el Cuña, que nunca se separó del todo de nosotros, especialmente de Ignacio. Pero nos llegaban esas

historias envueltas en una doble aureola de misterio, pues el Cuña mismo se encargaba de acentuarla, solo por ser como era, tan recóndito y parco en palabras. Lo que hizo el César, por ejemplo, para que le expulsaran del colegio, había logrado que nosotros, dos años menores que él, lo viéramos rodeado de un halo de heroicidad y de martirio. Era un adelantado. Se había escapado de la iglesia durante la novena de la Virgen con una prostituta mulata —a la que apodó Enotea— que se había extraviado mirando el cuadro del infierno. Supimos por el Cuña que el Román se alzó de hombros al enterarse de la hazaña y se limitó a decir que le aproveche. Y no es que fuera chismoso. Siempre vimos en esa relación una de las más firmes muestras de amistad de que tuviéramos noticia. Ya afuera del colegio, cada quien tomó su camino sin que dejáramos de vernos. Teníamos demasiado en común, sobre todo la nostalgia de lo que no conocíamos. Por un lado, nos hubiera gustado ser camioneros para recorrer el país. Por otro, San Ignacio y sus Ejercicios, Sartre y Camus, Rimbaud y Kafka, Palacio, Dávila

Andrade, Hesse, Marx y *Zaratustra* nos habían dejado la angustia, pero también revelado una línea de sombra que no habíamos traspasado y donde, sospechábamos, se escondía la verdad. Queríamos pertenecer a algo vivo y verdadero, a un organismo de donde naturalmente extrajéramos nuestra savia, a ese organismo cuya existencia habíamos intuido en nuestras fugas del colegio, ese territorio en donde quizá el Román ya se había instalado antes de llegar en el BMW de su patrón. Ya afuera, crecieron nuestras expectativas en torno al Román y el Cuña. En vano: fracasaron la psicología y la lógica. Todos pensamos que, libre del Guarderas, veríamos al Román de líder de grupo, de representante estudiantil. No hubo tal. Con la terca insistencia de siempre, se dedicó en su año último a cumplir con la beca de su padre. Supo resbalar de las manos jesuíticas, de ese olfato infalible para detectar maderas de líder. Dicen que el BMW no volvió a verse por el Colegio. Total para qué. Dicen que el Cuña recogía al Román en el Marina del Coronel, gesto de amistad desafiante, porque el Coronel inten-

taría todo para separar a su hijo del chofer de los Guarderas, el cholo pelirrojo. Supimos que vio en él a un conspirador, un corruptor de su hijo, un terrorista agazapado. Y todo empeoró al saber que el Román andaba tras de Angélica. Cómo, pues, la niña de sus ojos. Cuando clausuraron la universidad, el Román se puso a trabajar —una vez más obedeciendo a su padre— en el colegio de monjas donde conoció (o reconoció) y amó a Angélica. Claro, no duró allí siquiera dos semanas del lluvioso mes de abril. Dos semanas que fueron decisivas en su vida. Y la amistad con el Cuña se estrechó aún más. Fue así como el «Cuña» se convirtió en apócope de «cuñado», palabrota que estalló en los oídos mismos del Coronel y desde la boca misma del intruso. «Cuñado» se convirtió en una llamarada, un incendio en la casa. Hubo un escándalo del que todo el barrio se acordaría. Echó sin más de la casa al pelirrojo, que entonces visitaba a Angélica, y como Román le respondió sus verdades, montó en cólera, arrancó de la pared un sable y amenazó a gritos con atravesar al monstruo de par-

te a parte. Inútil acudir al defensor de la honra familiar: el Cuña había definitivamente tomado partido por el enemigo de la casa. Es más: en él habría de apoyarse, en su capacidad de odio, para seguir viviendo. Fue este el último y más radical desafío del Cuña de que tuvimos noticia en mucho tiempo, porque lo demás fue, en su último año de colegio, una sorda resistencia al desamparo, un rencor impaciente y ávido de encontrar su cauce.

Si el Coronel tiranizaba al Cuña, la madre lo temía. Vivía esperando de él reacciones imprevisibles. Le atribuía virtudes familiares únicas, notables, de sus mayores —una manera de sobrevivir en su hijo—, pero también, y sobre todo, lo temía, como si hubiera allí, en él, un volcán que pudiese estallar en cualquier momento. Lo cuidaba y a la vez lo recelaba. Parecía que cuanto más intentaba acercársele, más se distanciaba. En consecuencia, vivía al acecho, como vigilándole y cubriéndole de algodones para no oír el estallido.

La última maniobra del Coronel fue, literalmente, un golpe militar: cambió de colegio al Cuña en su último año, cosa que también

hizo con Angélica. Sorpresivamente, ambos fueron matriculados en colegios laicos donde, según supimos más tarde, además de estudiar, cumplieron una misión involuntaria de espionaje en el nombre del padre: grabaron en minúsculos y sofisticados aparatos japoneses de los comisariatos militares las clases de sus profesores de ciencias sociales. Incautos, fueron engañados por la idea de poner a prueba un avance tecnológico, una novedosa y expeditiva manera de tomar notas de clase. Algunos de esos profesores eran políticos activistas, y la exposición y práctica de esas ideas radicales no podían sino enfrentarse a muerte con las que sostenían desde Washington al mundo del Coronel. Dictador el Viejo, algunos de esos profesores fueron apresados y golpeados. En esos días supimos también que el Román militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y que el Cuña y él siguieron siendo los íntimos amigos de siempre.

No pudieron las armas del Coronel ni su diplomacia de última hora quebrantar esa amistad, ni persuadir a su hijo de que estu-

diara algo más serio, provechoso y lucrativo que Sociología. El Cuña estaba herido, y necesitaba más que nunca del Román, de su rencor, de su odio.

Ese fue un año trágico. Lamentamos dos pérdidas: la de Román padre, desaparecido arriba, muy alto, en una excursión a las nieves del Chimborazo, y la otra, inexplicable por hoy y para siempre, de Eduardo, el hijo de la Mariana, lavandera del Coronel, soldado él también y compañero de juegos de infancia del Cuña. Había tenido juegos extraños y en ocasiones crueles, algunos inventados o inducidos por el Coronel —que entonces era Mayor del Ejército— para hacerles vivir la obediencia que debía el uno al otro. Qué podíamos decir sino el lugar común de la tragedia griega de que las desgracias nunca vienen solas.

Román padre nos había parecido siempre un hombre bueno, de buen juicio y aun con algo de sabio, y nos consolamos de su muerte afirmando que la suya de veras le convenía: quedarse en las nieves del Chimborazo era muerte para un sabio. El club de andinistas

solo encontró de él una libreta de diario algo roída por la nieve y el viento y una sencilla cámara Péntax. Decía su última página de diario: «Aquí se oye el sonido del silencio. Estoy ante el glaciar noreste con los crampones del zapato derecho flojos. Un minuto y sigo a los demás. La nieve es como un mar. El glaciar es como un mar, un blanco oleaje que sube y baja, que va y viene...»

No logramos ver al Román en esos días aciagos, pero tres meses después de la desaparición del padre, recibimos el recado insólito: quería reunirnos para leernos sus poemas. Solo el Cuña, al parecer, sabía que había venido trabajándolos en un silencio y reserva absolutos. Leernos sus poemas: un gesto que rompía años de soledad, de distancia voluntaria o, como algunos queríamos, de malentendidos. Es probable que el Cuña le haya persuadido a hacerlo, no tanto por un generoso afán conciliatorio, sino para sentir menos cruelmente la aspereza del mundo, para estar menos solo. Qué argumentos esgrimió para convencer al Samuel Román es algo que no sabemos.

Nos reunimos en la buhardilla que Ignacio tenía en casa de sus padres. No nos dio tiempo de hablar del Román. Había llegado él primero, antes aún que el Cuña, y lo encontramos ya riendo con Ignacio, acariciando un vaso de ron con la mano. Su saludo con el Guarderas fue a la vez receloso y cordial. No hubo que esperar a nadie, ni en el Colegio fuimos tan puntuales. Pero el Samuel estaba nervioso: seguía tartamudeando habitualmente, y así como nos dijo pocas cosas, así las decía en la Universidad. Esa tartamudez acaso le había impedido ser dirigente estudiantil. Hablaba con las vacilaciones, no del borracho a quien se le atropellan las palabras, sino del hombre vencido y sobrepasado por una gran pasión. Explicó que nos leía esos poemas únicamente porque había querido decirnos algo, y no había encontrado otra manera mejor de hacerlo. Y sin más, empezó.

Si alguna vez se organizaran las palabras con el fin de ofrecer la imagen del hombre que las pone a significar, obtendríamos con sus poemas un doble perfecto del Samuel Román, con sus rasgos desafiantes, su tarta-

mudez, su pelo rojo, su entrecejo ceñudo, sus ojos hundidos y rencorosos; obtendríamos su estatura, su peso, las líneas de su mano, el timbre y las inflexiones de su voz, su caminar con toda la cabeza mirando al suelo. En esos poemas estaba él todo entero, tal y como lo habíamos conocido, más otros rasgos asombrosos que lo completaban. Nos sorprendió que flotara en el ambiente tan perfecta simetría a partir de semejante desorden. Era una poesía muy imperfecta, vacilante y contradictoria, en la que el autor nada pedía a los demás ni al mundo: al padre sí, a un padre místico, quizás; solo imprecaba y abofeteaba; era una poesía grumosa, cargada de lodo, sangre y excrementos, de tierra removida y acarreada, de humo de choza, de aire viciado por humo y polvo que se levantan, de chicha amarga, de una ternura que pugnaba por no asomar; poesía que alternaba cierta manía organizativa con el caos, el ascetismo con el tumulto de la sangre y los instintos; poesía de verso brusco, áspero, de palabras que vacilaban y tropezaban y se atropellaban bajo el impulso de una gran pasión; había en ella

una inmensa nostalgia del campo, de esa patria hedionda de la que nos habíamos refugiado; poesía cargada de silicios y de tiernos quichuismos («Baja al corazón, Taiticu»), con abundancia de muerte, una muerte por la espalda misteriosamente esperada en martes; a veces torpe, sentimental y necrófila como los yaravíes y los pasillos; con olor a incienso, al sebo y palosanto de los pórticos de las iglesias: religiosidad primaria y elemental de quien nada tiene y solo espera al Padre y se arroja, harapiento, sucio, a los brazos de alguna cruz venerada. Y por ahí, de un pedazo de madera o una piedra rústica, emergía el rostro inesperado de una doncella renacentista. Quería él romper sus propios límites: se retorció, se apoyaba, herido, en muletillas: «no sé cómo decirlo, no sé cómo decirlo». Y acabar de una vez, acabar pronto. Detrás de su tartamudez, así en la conversación como en la lectura de los poemas, advertimos la impaciencia del que quiere acabar pronto, asqueado y harto ya de agradecer, y esperando saldar todas las cuentas, ya no deber nada a nadie, irse sin deuda alguna y sin el peso de

la gratitud. Uno de los poemas que más recordaríamos fue aquel en que aludía a las palabras como sepulturas, como ataúdes de los actos. La palabra: sepultura del acto. Si bien a todos nos pareció una poesía dolorosamente sincera, hecha de proyectos y borradores de poemas, a algunos les pareció difícil asociar esa religiosidad de campito lejano y de iglesia mendicante, con el combativo estudiante de barricada, de vanguardia del MIR, con el clandestino y colérico brazo que insultaba y blasfemaba en las paredes nocturnas y que en las manifestaciones arrojaba piedras desde la primera fila. A otros nos pareció aquello de una coherencia casi geométrica. En efecto, una vez terminada la lectura, entregó al Cuña esas cuartillas mugrientas y, con una sonrisa franca que nunca le vimos antes, los ojos húmedos, levantó el vaso de ron y pidió un brindis. Ya tenía la nariz de cochero de Dickens. Se bebió el vaso de un solo trago y se excusó de permanecer en la reunión porque afuera le estaba esperando una larga noche en las paredes. Se despidió calurosamente de cada uno de nosotros y, cuando abrazó

al Guarderas, comprendimos que por primera vez se había rendido. Nunca olvidaremos la mirada de entendimiento que se cruzó con el Cuña. Vencido, le entregaba en custodia el odio y el fuego. Al fin, con paso vacilante y atropellado, se fue.

II

Con ese legado en las manos, Marcelo había contraído la obligación de ser valiente, mucho más de lo que hasta entonces había sido. Y también había heredado la tarea de hacerlo crecer y fructificar. La pregunta era cómo, hacia dónde. Y sobre todo, si podría hacerlo o no. ¿No sería demasiado para sus fuerzas?

Hijo de un ingeniero militar que había recibido instrucción en el Servicio de Inteligencia en Washington, el Cuña era frágil y a tal punto tímido, que nos preguntábamos cómo podía sobrevivir con tanta timidez. Sus lentes pequeños, redondos, escondían unos ojos furtivos y agudos, una mirada desconfiada. Todo parecía amenazarle: las miradas, los gestos, las palabras. De sus manos delgadas, vibrátiles, emanaba una inquietud de espíritu, una tortura secreta, cuyos alcances podían ser impredecibles. Y en sus pies regía la misma inquietud, una suerte de incapacidad para sentar raíces en el suelo.

Se movía como esos actores inexpertos que, librados con todo su miedo escénico a improvisar sobre el escenario, balbucean con los pies, oscilan como un péndulo y parecen siempre estar a punto de perder el piso.

El padre era muy severo. Inmenso, con su prognatismo y lamparones en el cuello, exhibía su rigor y disciplina como una condecoración. Uno de nosotros le oyó, en una conversación con el Rector del Colegio, afirmar que era un hombre íntegro que deseaba la misma integridad para sus dos hijos, Angélica y Marcelo; subrayaba sus palabras uniendo los extremos del pulgar y el índice, formaba un agujero entre los dedos, describía un movimiento vertical y dejaba suspendida una columna vertebral invisible, una médula de aire que subía y bajaba, subía y bajaba.

Pero esa médula de aire sería el látigo del Cuña.

Del Coronel, el Cuña tenía algo de ese prognatismo, con la diferencia de que la mandíbula del padre era ancha, robusta, acorde con un cuello de toro y una cabeza grande. El mentón del Cuña, en cambio,

era delicado, porque se parecía más bien a la madre, una señora guapa, delicada y frágil, quien, por cierto, heredó sus hermosos rasgos a Angélica. Pero en el Cuña se habían reconcentrado una fragilidad y una timidez enfermizas.

¿Qué hacer con este legado de la sangre? Por lo pronto, el Cuña se sumió en el estudio, por su cuenta, de complicados tratados de genética, que pusieron a prueba su aprovechamiento en el colegio. Ese riesgo tuvo su respuesta en el frecuente maltrato del Coronel, incapaz de tolerar las mediocres calificaciones de su hijo. Enterado de su estrecha amistad con el hijo del chofer de los Guarderas, se tomó la molestia de comparar las calificaciones de uno y otro y castigó los malos resultados del Cuña. Para ayudarlo, consolarlo, distraerlo, para iniciarlo, el César organizó una expedición nocturna por los prostíbulos quiteños, mientras para esa misma noche el Cuña, valiéndose de Mariana, la lavandera de la casa, concertaba una cita entre Angélica y Román.

III

Se habían conocido, gracias a Marcelo, en un desfile que desembocó en una jura de la bandera y una misa por la patria. Rigurosamente vestida de azul católico, los guantes blancos, alisado el cabello, armada contra la adversidad y el mal, Angélica, la abanderada, quiso ignorar las miradas que el impertinente le echaba encima, y se entregó a la ceremonia, seguramente para evitar embromarse ante sí misma y ante todos. Marcial, solemne, prisionera del uniforme, acaso presintiendo cómo la dura mirada del pelirrojo atravesaba la ceremonia distrayéndola de los discursos de orden, se atrevió por fin a mirar al atrevido, quien solo pudo leer en la desconocida el fastidiado qué quiere al desconocido. Al frente de ese feroz cortejo de hierro, Angélica lucía desamparada, con sus diecisiete años no vividos y repentinamente implorantes. Otra habrá sido entonces la promesa secreta del muchacho ante las miradas de Angélica, ya francamente desvalida, junto a aquella ban-

dera que había sido paseada por los patios y calles como una custodia. Otro habrá sido el juramento, porque el deleite estaba, más que en la belleza, en la mirada. Voluptuosa también la mirada que devuelve la otra y busca ser esperada en medio de tantos impulsos y enmiendas. Angélica por eso se escondió, se adhirió a la ceremonia y, ya en aquel patio humedecido por la llovizna, fue la primera en besar con resolución la bandera y luego, con el derecho que el ser hija de su padre le daba, la mantuvo firme con su mano prisionera del uniforme, sus labios apretados, ante las compañeras que desfilaban para arrodillarse por turno y besar la bandera entre fanfarrias de cacería y estrépitos militares.

Pero luego: oscuros ríos en el rostro del pelirrojo, abismo en el pecho ante el total desconocimiento de la adolescente. En ella, voluptuosidad el rubor, de la cara caída: un pestañeo y sería otra, una sonrisa, y ya otro sueño. Campo grande de posibilidades: descomposición en múltiples Angélicas, todas ellas distintas y contradictorias, todas igualmente posibles. Casi hermosa, indiferente y

sorda al discurso de su padre, liberados los labios del apretón severo, se entregaban sus ojos grisazules a la luz que se vertía sobre el asta de la bandera. A Angélica no le habían enseñado todo en la casa y en la escuela: entre los múltiples enigmas que su turbación había revelado, este era el más claro y más inquietante: parecía muy capaz de percibir las cosas por su cuenta.

Luego vendrían el cura, la bendición de la bandera. Acólito el mismo Coronel, inmenso frente al enjuto capellán, inmenso junto a su hijo, con la humildad de soldado mayor, de ciudadano principal. Y combativo él, combativos todos en la oración por la patria:

«Levántate y defiéndenos, Señor; suscita entre tus hijos soldados valerosos contra tus enemigos...»

Menos combativas las muchachas: temerosas más bien, con el miedo secretísimo al desconocido, al dragón, al tigre, al diablo. Masculinos todos, puntiagudos, cornúpetas, mañosos, la cola enroscada, las garras y el hocico al acecho. Malolientes. Solo el Coronel como irremediable padre, protector,

soldado, pese a las traviesas miradas de las de cero en conducta, secretamente dispuestas a defender el cero. Codearse furtivo de cómplices, comunicarse en susurro travesuras de alcoba y concluir que el cura y el Coronel no podían ser sino hermanos carnales.

Acabada la misa, el pelirrojo se separó de Marcelo y deambuló por los corredores del colegio. Ella era una apetencia que ya no podría ocultar en lo futuro. Se enfrentó inevitablemente a la imagen del Viejo Dictador en la pared: «Mi poder en la Constitución».

Regresó a buscarla en el templo. Allí estaba, envolviendo la bandera, con la ayuda de dos monaguillos. El coronel se había retirado con su hijo, sin duda para entrevistarse con el cura y las monjas. Aún se sentía la frescura de los nardos, de las azucenas, la fragancia del incienso. Los cirios humeaban todavía en las manos cuando entró en la sacristía y vio a Angélica, inesperada, doblando manteles bordados, albas de monaguillos que oportunamente se habían retirado para dejarle la tarea. Ella había terminado ya la suya pero sus dedos se quedaron jugueteando con un gran

rosario con cruz de plata. Le mostró cuán bonito era.

—No me gusta —dijo él.

—¿Me ayudas?

El muchacho levantaba los metales, los manteles, las patenas; apagaba los cirios del altar. Torpe para los asuntos de iglesia, tardó en llevarse el agua, el aceite, las vinateras, de donde probó más de un trago. En la sacristía se habían apilado ya los ropajes. Al entrar, Angélica ya no estaba. La buscó en los armarios, en la pila de ropa eclesiástica. Al volverse, la alta cortina de la ventana que daba al patio, del otro lado del refectorio, se fue abriendo con la lentitud y majestad de un telón de teatro y, dando un travieso salto de danza, apareció ella, con una fresca sonrisa, húmedo el cabello por la garúa, cubierta con el alba de un monaguillo, los brazos en cruz en ademán de entrega, rosados los labios entreabiertos y húmedos, pícara y voluptuosa como el arcángel de la anunciación jugando a seductor furtivo.

IV

Cuando el cholo pelirrojo atravesó la reja de la casa de Angélica, se detuvo en la rotonda del porche iluminada por un sol crepuscular y se miró, interrogante, las manos vacías, acostumbradas a arrojar palos y piedras desde la primera fila. Nunca había visto tan de cerca la casa del Coronel. Era una Casa Blanca de pastel, rebanada horizontalmente por la mitad, una media fachada arqueada por seis columnas corintias abalaustradas. Al fondo, entre columna y columna, el edificio respiraba a través de cinco ventanas alargadas verticalmente como troneras, y todas permanecían cerradas con sus contraventanas, salvo la del medio, a través de la cual se veía una araña que en la noche debía verse resplandeciente desde la calle. Pero los seis escalones que conducían al interior no eran laterales, como en la Casa Blanca de Washington, sino que continuaban naturalmente la forma del frontispicio. La muchacha le abría ya la puerta.

—Ven, entra —le urgió—, que el viento está fuerte y se viene la lluvia.

—¿No está él? —tartamudeó.

—No, ven —y le extendió una mano—. Pasa, no vayan a verte los vecinos.

—No me fío —y señaló con resuelto ademán el interior de la casa.

Ella bajó el brazo con disgusto.

—Ahora voy —dijo él, entrando con desconfianza—. Es que me quedé pensando en dos venenos.

Angélica cerró la puerta, apresurada, y la selló con su propio cuerpo, las manos a sus espaldas.

—¿Venenos?

—Un ramo de flores y una cápsula de cianuro.

Angélica sonrió un poco bobamente, fingiendo haber entendido. No iba a pedir explicaciones cuando lo que necesitaba de él era que se habituara a la casa y hablara con libertad. Sin embargo le divertía un poco perversamente que tartamudeara en la casa, como si al hablar tropezase con los muebles, los jarrones —ciego en cristalería—, como si la Casa Blanca viniese a entorpecerle el ha-

bla. Él percibía con disgusto el aire de la casa. Era el olor infatuado del plástico y de los comisariatos militares. No le sería fácil, por otra parte, adaptarse a una situación parecida al secuestro o quizás a una trampa. ¿Por qué no seguir viéndola a la salida del Colegio o en el cine? ¿Por qué había de moverse en los terrenos de ella? Para colmo, ese invariable uniforme azul de colegiala. «Estoy en sus manos, pero ella también en las mías».

Y lo peor: tartamudear allí, *precisamente allí*, imaginar a la muchacha tan avenida con esa casa donde los objetos *posaban* como en una tienda. Solo la araña que pendía sobre su cabeza tenía salvación. A esa residencia, como a casi todas las que conocía, le faltaba vida, algo de desorden, algo de imposible locura. Vio la enorme fotografía de la pareja que presidía la sala: el orgulloso y rígido coronel, con su uniforme, sus condecoraciones y entorchados. Y la madre, una mujer dulce, boba y ausente del tiempo de tan confiada. Sin embargo, era la misma que cuidaba al Cuña y vivía recelando de él. Posaban allí como ganadores de un concurso canino.

—Te pareces a tu madre.

—Eso dicen. De papá solo heredé los uniformes —y señaló su falda azul, mientras se dirigía hacia la cocina.

—¿Cómo lo arreglaste?

Ella se detuvo y abarcó la sala con mirada irónica y se alzó de hombros:

—Mariana. Ella lo sabe todo. Se llevó a mamá y no la devolverá a casa sino a medianoche.

—Ajá —dijo Román, tocando una mesa baja en forma de elipse. Había aún en ella dos grandes velas rojas de navidad. Intactas, estaban separadas, y la mano de ella las juntó, mecánicamente, tallo contra tallo.

—¿Ron o agua, agua o ron? —preguntó ella—. Te advierto que el agua en exceso da apoplejía.

—Ron, como los piratas —dijo él.

Vagó, mientras ella preparaba los vasos, por la sala, el comedor, el pasillo que conducía al baño social, al estudio del ingeniero militar y a la sala de armas. En el pasillo un fuerte rayo de tormenta iluminó una réplica del «San Jorge y el dragón» de Ucello: la doncella sujetaba por el cuello al dragón, como a

una mascota. Lo tenía a su merced para que el jinete lo ejecutara. La cola del dragón se enroscaba como esa nube de la derecha.

—Papá lo escogió —afirmó Angélica.

—Qué raro —dijo él, tomando el vaso de ron—. ¿Qué sabe tu padre del Renacimiento?

—Nada. Es su nombre, ya sabes, y su santo patrón, es todo.

Pero él recordó aquella tarde en que, gracias al Cuña, descubrió a la muchacha que tenía a su lado. De pronto no supo cuánto la quería, es más, si la quería o no.

Miró el cuadro y todo pareció volver al cero inicial. Esta casa era de ella, y todo ahí le era de nuevo ajeno, incluso ella. Sí, aquí está el peso del vaso que ella te ha dado, pero esto no es tuyo, ni es tu mundo, y lo odias a muerte. Bebes la mitad del ron de un solo trago solo para que pese menos en tu mano. Tigre, te has metido en una jaula. Tigre, van a despuntarte los dientes y a limarte las uñas. Van a cosmeticarte. No debes entrar en casa alguna, menos en esta. Tu casa son las calles meadas, tu casa es el campo donde naciste y del que tanto habló tu padre desaparecido: Cotacachi y sus

fiestas, tu casa es el monte nevado al que secretamente aspiras, tu casa es el desamparo y el odio, donde verdaderamente eres tú, Román, donde eres fuerte: esto te debilita, es la casa de tu enemigo mayor, y su hija es su cómplice.

—¿De quién eres cómplice, Angélica? —le dijo de pronto, el ceño fruncido—. ¿De qué lado estás? ¿Quién está arriba?

Angélica vio a Román dejar el vaso en la mesa oval y, enojado por su propio tartamudeo, lanzarse escaleras arriba saltándolas de dos en dos. Oyó los portazos en la oscuridad uno tras otro y hasta el ruido familiar de las persianas de madera que eran las puertas de su clóset. Ya había corrido a arrodillarse ante la mesa oval, la cabeza refugiada en el arco del codo, frente a las velas rojas. Oyó, arriba, entre la densa lluvia de afuera, el grito acusatorio:

—¡Informas a tu padre!

No había el más leve tartamudeo. Nunca lo había oído así. La frase tenía sentido, era coherente. Era su voz, pero nunca a tal punto acusatoria. Solo que la acusación había precedido a la frase. ¿Por qué echarlo todo a perder? Entre enojada y dolida, decidió esperar.

Román bajó lentamente las escaleras. Vio desde el rellano la mesa oval. Sobre ella, como en un altar, las dos velas rojas, el enojo de Angélica. ¿Irse, irse de ahí, con un doble peso a cuestas, el de la evidente culpa y, sobre todo, el del ridículo por haber protagonizado y generado un melodrama? Mejor acabar con el ridículo. Imperdonable. Se había abandonado al patetismo. ¿Retractarse? ¿Prenderle fuego a esto? Acabar pronto, en todo caso. Pudo más ella. Que ella supiese que él permanecía a su lado, pero sin advertir su aproximación corporal. Ser un fantasma, entonces, o ser la imagen que de él tenía ella, obrando ya desde su interior para la transfiguración buscada. Al tocarla, ella casi exclamó. Él se sentó lentamente a su lado con las piernas cruzadas. Sacó de su chaqueta una cajetilla de Full blanco. Prendió un cigarrillo y dejó la caja de fósforos sobre la mesa. Ella lo miró y sonrió con cierta indulgencia. Tomó los fósforos y encendió una de las velas, que ahí permanecían casi tocándose, tallo contra tallo. El pabito de una de ellas era muy corto, y después de casi vaciar la caja solo se prendía unos instantes para apagarse

de nuevo. La otra, en cambio, seguía ardiendo. Abrieron una ranura común a los dos: el exceso de cera que asfixiaba a la vela renuente a la llama se vertería en la otra y dejaría su pabilo en libertad para arder. Pero la vela del pabilo corto amenazaba con sofocar a la otra y de este modo extinguirse las dos. Abrieron de nuevo el surco y unieron las dos velas con un puente, un fragmento cortado del pabilo largo a fin de que la llama corriese por ahí de la una a la otra, como la pólvora. Miraban aquello sin hablar de otra cosa que de los detalles estratégicos de la operación, atentos a la lluvia, esperando siempre que las dos velas ardieran. Parecían por un rato desentenderse de ellas y decirse cosas como «No tengo hambre» y «Yo tampoco». O comentar, riéndose, que, de rodillas como estaban, frente a las velas, solo les faltaba rezar, o recibir la bendición del cura. Algo más, no mucho más se dijeron cuando, de pronto, en un descuido, él se volvió y proclamó el milagro:

—¡Ya arden las dos!

Se lanzaron al abrazo dichoso. Seguían arrodillados. Se besaron con gratitud y feli-

cidad. Y volvieron al abrazo, y allí se quedaron atenaceados, inseparables. Sus cuerpos enlazados empezaron a mecerse suavemente, como siguiendo los movimientos de una barca a merced de las olas. («La nieve es como un mar, un oleaje que sube y baja, que va y viene»). Y ahí se mecían también sus sombras sobre el suelo oceánico, buscando puerto que los acogiese. No hay puerto, quizá: nosotros somos el puerto, el mar, el rumbo, porque estamos juntos. («Baja al corazón, Taiticu»). No lo pueden creer: es tan bello esto. ¿Estás llorando, Samuel? Más, quiero que me abrases más fuerte, pide ella. Y ella chupa las lágrimas con sus labios entreabiertos y húmedos, libres ya del apretón severo, del resentimiento y la pena. Besa una y otra vez la cara manchada. Ha perdido el miedo al tigre, y el valor para la dicha ha infundido en su rostro una luz nueva. Está más bella aún y esa belleza excita al muchacho. Ella lo advierte y se abandona. Él la levanta en vilo y se la lleva, abrazada Angélica a su cuello, hasta el borde de la escalera. Ella, por decir algo, le dicta, en susurro, la trayectoria hasta su cuarto y allá suben lentamente.

Arriba fluyeron el amor y la sangre, ahí la bestia se amigó con el fuego desconocido.

Le asombra a Román esta felicidad. Si los demás experimentaron ya una semejante, entonces la han olvidado. Debería dejar en los hombres una marca indeleble, pero no se la advierte. Una de dos: o el amor es tan frecuente en la vida humana que pronto sus víctimas se han vuelto desatentos a su presencia, o se han vuelto invulnerables de puro mezquinas consigo mismas y con los demás. La felicidad, que nos cae como un rayo, como una gracia, es poca cosa para esas almas: ni la advierten siquiera, confiadas en un futuro mejor. No la conocen, los indiferentes. A él, en cambio, una dicha como esta puede hacerlo pedazos. No cree merecerla. Los demás se defienden de ella en aras de algún futuro comprado a plazos. O una de tres: él ignora cómo debe vivirse el amor. *Debe vivirse*: lenguaje preceptivo que compromete su independencia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

Ella escondía la cara en la almohada como queriendo sepultarla allí. Pero se volvió hacia él y dijo, con una risita en la voz:

—Sucia, pero feliz.

Saltaron de la cama para lavar en el baño la toalla ensangrentada.

—¿Qué has hecho de mí, Angélica? —dijo, pasmado, ante el espejo.

—¿Cómo?

—Me has cambiado la cara. Mira eso. Hasta me veo guapo. Solo mírame, Angélica.

Y ella comprueba en el espejo que, efectivamente, ese rostro duro y sombrío irradia una luz distinta.

—Hasta ahora estaba ciego, ciego como un vampiro.

—¿Por qué un vampiro? —ríe ella, escondiéndose en una bata de baño.

—No puede verse en los espejos. No tiene reflejo, no tiene imagen. Es una forma de la ceguera ¿no?

—Sí, pero es solo su propia imagen la que no ve.

—Exacto: yo no tenía imagen de mí hasta ahora. Ahora me has dado un cuerpo, este que me gusta —dice sin tartamudear.

—Ahora sal del baño —le dice ella, sin saber si cubrir el cuerpo en la toalla ensangrentada, o si esconderla detrás del cuerpo—.

Haz cualquier cosa mientras la lavo. Esto no es cosa de hombres. ¡Pero pronto! Es tarde.

—También la he manchado ¿no? —observa, mientras se viste. Pero ella, avergonzada, cierra la puerta del baño. Y con seguro.

*

No estaba previsto que llegaran tan pronto. El Coronel y su esposa regresaron a casa antes de que Angélica pudiera despedir al Román. Los sorprendieron después del amor —las velas consumidas, los vasos sobre la mesa, la cabellera todavía húmeda de Angélica—. Conteniendo la ira, con aparente serenidad, muy propio casi, el Coronel vio a su esposa conduciendo a la hija a su cuarto («ya te pediré cuentas más tarde») y se dirigió al intruso, acusándolo de haber invadido su casa y prohibiéndolo ver a su hija.

—Señor —ese degradante «señor» molestó más al Coronel—, yo veré a su hija cuantas veces ella y yo queramos. Lo siento —añadió firme, sin tartamudear—, ya no puedo hacer nada.

El Coronel lo había obligado a retroceder hasta la puerta. La abrió violentamente.

—No hay lugar aquí para ti, carajo —gritó—. Márchate o te atravieso —y corrió a arrancar de la pared un sable que blandió frente al muchacho, que no se inmutaba.

—¿Un crimen en su casa?

Mientras, Angélica había bajado a saltos las escaleras y se abalanzó a detener el brazo de su padre, exasperándolo más.

—¿Cómo? —exclamó, incrédulo.

Román siguió provocando al Coronel y sacándolo de sus casillas y de sus terrenos hacia los suyos, hacia la calle, balconeándolo. Ya para entonces, llamadas por los gritos del Coronel, algunas puertas y ventanas vecinas habían perdido el pudor y se abrieron a la calle. Que todas vieran el espectáculo indigno: el Coronel perdiendo la compostura. Este, sorprendido por las miradas, inventó:

—¡Al ladrón, al ladrón!

Poco creíble, sin embargo, su versión, con la escena de una hija que, en plena noche de lluvia, se interponía entre la espada del Coronel y el muchacho pelirrojo. Las puer-

tas, cortinas y ventanas vecinas leyeron esta cosa muy simple: el Coronel, en un arrebatado de cólera, amenazaba a gritos con una espada brillante de lluvia a un chico pelirrojo mientras Angélica, la hija, parecía interponerse entre la espada y el intruso.

Pero, aunque el muchacho consiguió escabullirse en la noche y la lluvia, esa espada en alto permaneció allí por un rato como una promesa, un juramento.

*

Cuando el Cuña regresó de su vagabundeo nocturno, encontró al Coronel sentado en el claroscuro de un sofá, empuñando la espada y sosteniéndola contra el piso como un caballero medieval. Bajo el quepís, estaba empapado de lluvia y cólera. Su aspecto era hierático, solemne, rencoroso. Un silencioso tótem.

Oyó en lo alto aquel gemir de Angélica que conocía muy bien, y la voz de su madre, consolándola tiernamente. Vio sobre la mesa los vasos, las dos velas ya apagadas y percibió el olor del humo, casi extinguido. Aunque

los acontecimientos fueran recientes, percibió en el Coronel una disposición a esperarlo toda la noche. Supuso lo que había ocurrido, tomó asiento frente a su padre y esperó. La luz lateral infundía en las ropas húmedas y la espada del Coronel un siniestro esplendor.

—Estás empapado —dijo el Cuña.

—Esto es el fin —interrumpió el Coronel—. Tu amigo, ese pelirrojo de mierda, ha abusado de tu hermana en su propia casa, en la mía, la de ella, la tuya.

Pero el Cuña callaba, pensativo.

—¿No dices nada? —insistió la voz—. ¿No ves los delitos de invasión de la propiedad privada y de violación?

—¿Por qué no los has denunciado, entonces?

—No merezco pasar esa vergüenza. Tampoco mi hija.

El Cuña percibió la voz del padre a punto de quebrarse. Todo él estaba a punto de quebrarse. Se sostenía sobre esa espada con la punta en el suelo. Comprendió entonces que su padre se había forjado ante sí mismo una imagen de invulnerabilidad y que toda su vida había sido fiel a esa imagen, hasta

ahora, momento en que de pronto se rompía. De hecho, la imagen de su padre estaba literalmente despedazada por el intenso clarooscuro: el brillo de la lluvia, de la espada, de las pupilas bajo la visera, entre tanta sombra.

—Esto se acabó, Marcelo —repitió el Coronel, con voz amarga—. El delincuente escapó, se perdió en la noche. Y llegaste tarde.

—Padre —observó tímidamente el Cuña—: ellos están enamorados.

—¡Enamorados! —estalló el Coronel, emergiendo, sin levantarse, de la sombra en que se encontraba—. Eso solo ocurre entre iguales. No los justifiques. Esto se acabó. Te prohíbo toda relación con ese delincuente. Es más, a ti te corresponde, por tu edad, vengar esta afrenta contra tu hermana, de igual a igual.

—Sabes que no puedo hacerlo —arriesgó el Cuña con temblor en la voz—. Es mi amigo. Además tú lo has dicho: no somos iguales. Yo solo sé que se aman.

—¿El hijo de un chofer con mi hija?

—El Román es mi amigo —afirmó.

El Coronel se replegó nuevamente contra el espaldar del sofá y se hundió en la sombra.

No habló más. El Cuña solo percibía su respiración agitada, rencorosa. Era a la vez un hombre derrotado y dispuesto a contraatacar.

—De la misma manera como Eduardo ha sido siempre mi amigo —agregó.

—Eso tampoco —sentenció desde su sombra el Coronel—. Entiende que tú eres el patrón. Eduardo es un conscripto, el hijo de tu lavandera, y ya. Guarda tu distancia.

Sobrevino un largo silencio. El Cuña comprendió que no tenía más que añadir ni discutir. Escuchó de nuevo el gemir de Angélica y la voz consoladora de la madre. Se incorporó con la intención de subir a acompañarla. Pero al hacerlo y dar las espaldas a su padre se detuvo en seco: comprendió súbitamente la enormidad de su traición filial y su desgarramiento, la dimensión de su nuevo compromiso, el de su lealtad mortal hacia Samuel Román. Arriba —comprendió o creyó comprender—, Angélica gemía entre dichosa e infeliz. Atrás, empañado, mancillado, quedaba el padre, urdiendo quizá desde entonces la manera de asestar el golpe de espada que, bajo la lluvia, había sostenido en el aire como un juramento.

V

«Oh lupanar, oh lodo,
o, si fuera posible, algo más sucio»
(Catulo)

—¡A la puta! —dice el Mono—. No vamos a llegar nunca.

Media hora ya de zangoloteo en el Marina. Habían subido desde la América a San Juan. Después de mucho evadirse de los callejones de piedra que tercamente daban con una pared oscura, o bien con el borde del abismo, de cara a la ciudad iluminada, logró el automóvil subir hasta el Tejar. Iban y venían, rugía el auto cuesta arriba, regresaban a la silenciosa esquina donde, en lugar del prometido farol rojo, la humilde casa de pueblo se empecinaba en estar allí, muerta de sueño.

Se pasaban de mano en mano la botella de paico y reían por cualquier cosa.

—Y total para qué. Tengo tan mala suerte con las mujeres que ni las putas me hacen caso —dice el Cuña, conduciendo el coche cuesta abajo hacia San Roque.

—Ten paciencia, hermanito, ya te veré fro-tándote la oreja con el meñique de puro sa-tisfecho —promete el César.— Y ahora toma hacia la derecha de los tanques del Placer, Cuñita.

—Apostaría a que los milicos se llevaron «Las potrancas» al Oriente: ellas son la clase 6 del Ejército —observa el Mono.

Pero en San Roque tampoco dan con la luz roja. A la vuelta de cualquier esquina la calle se abría hacia el abismo, y la ciudad vol-vía a refulgir abajo, noche estrellada contra la piedra. Y a los costados, solo casas encaladas, humildes, silenciosas.

—Ya no tenemos tierra bajo los pies —se-ñala Ignacio. Y el Guarderas:

—Esta pobre gente debe estar soñándonos en pesadilla.

—No quiero chamullar a mis giles —dice el César—: aquí no hay nada que hacer. Mejor nos vamos al norte, al «Dorado». Pero visite-mos «El Balcón» primero.

Con la marcha en segunda descienden hacia el centro, atraviesan la ciudad dormi-da, solo vigilada por las torres de las iglesias;

toman rumbo al sur y suben hacia el oriente. «El Balcón» está protegido como un castillo feudal. Se llega a él por callejones sinuosos y torpes y luego por una senda de terracería hecha para espíritus indomables y automóviles resueltos. La reja conventual se abre hacia un estacionamiento de suelo regular y fina piedra donde resplandecen las luces de la fachada. Los automóviles también reflejan los neones del edificio. El Cuña busca amparo en el grupo y, así escoltado, sube las pulcras escaleras hasta el gran salón. La ciudad se extiende bajo sus ventanas prohibidas. El cancel, que sobresale de la fachada como un botalón de proa, no solo protege a la sala de baile de las ventoleras nocturnas y amortigua los ruidos exteriores, sino que, simbólicamente al menos, pone de incógnitos a las anfitrionas y a los desvelos de sus visitantes y fornicarios.

Estalla la cumbia en el reino de la media luz, en el efímero mundo de los perfumes, de las provocaciones, de la cachondería, del vestido apretado, del coqueteo y el amor mercenario. El coño es alcancía, pero los eróticos

fantasean. Altanería de la carne: tigresas de medio pelo, lobas y leonas bañadas por sus lobos y sus leones, nodrizas de pechos secos, opulentas princesas, púberes veleidosas, madres abnegadas, sacrificadas, viudas aventureras, novias desengañadas, crapulosas gimnastas, reinas de la noche. Mulatas esmeraldeñas, preciosas campesinas de Chone, las colombianas, la argentina, quiteñas y guayaquileñas en mayor número, y las dos rubias gringas requeridas por las chequeras abultadas. Todas ellas, oferentes de la cueva.

—Pero mijo, aquí te curamos la timidez — ofrece la mulata, iniciando un juego de palabras que no llega a conversación con el Cuña.

—Este es el infierno de los impuros —dice el César— y la que habla con el Cuña es la deliciosa. Aquélla, la morena alta.

La morena alta y el Cuña se reúnen con los demás en torno a las cervezas. Ignacio cuenta cómo el César se levantó a la otra mulata, la Enotea, en la Compañía. Cuando en las novenas de la Dolorosa debían pasar, de fijo, antes de subir al coro, cerca del enorme cuadro del Infierno, un lienzo espantajo color de

fuego, copia de uno que hizo en mil seiscientos y tantos Hernando de la Cruz —confesor, amigo y quién sabe qué más de la Santa Mariana (ya que sospechosamente le imponía penitencias de a látigo)— no tenían sino que detenerse a mirarlo, precisamente por lo espantajo. Y ahí estaban ardiendo en pailas fritangueras las carnes blancas de los condenados (o torturadas por demonios, negros y serpientes y ruedas y potros y cepos y candados y tenazas y púas), siempre para advertencia de los pecadores. Ahí estaban las carnes del murmurador, quemándose la lengua; del impuro, la llama en el sexo; de la vana, con un collar de escorpiones; de la adúltera, con las llamas agarrándole las tetas; de los impenitentes, girando en la rueda; de los bailarines deshonestos como todos los presentes —fíjense nomás cómo el enano ese le agarra por el culo a la rubia, que si no, se cae—; de los de duro corazón; del tahúr; de los injustos: reyes, patronos, tiranos y dominicos; de la deliciosa —como tú mi negra—; del pecador sin nombre que está de pie, perniabierto, el fuego en el sexo, blandiendo como garro-

te el cuerpo de una mujer enroscada por la serpiente (acaso el mísero Adán con la cara congelada por el espanto). Y así otros.

—Sí —se anima el César con el recuerdo de la aventura reciente y la música cumbiambera—. Me enterneció la deliciosa, la que llora solita, la cara escondida entre sus brazos, la cabellera partida en dos por el medio. La deliciosa, la rica, me enterneció, y entonces apareció ella, la mulata.

—Aquí mi pana se volvió devoto de la deliciosa —señala Ignacio.

—¿Y la tuviste, César? —pregunta el Mono— digo, a la mulata.

—Sí, gracias a la Lolita.

—Más respeto —interviene la mulata—: ¿estás poniendo a mi virgencita de alcahueta?

—Bueno, sí mi negra, pero dicho de otro modo —contesta el César.

Pero la mulata se ha levantado cansada de esperar y se dirige hacia un traje de casimir inglés.

—No te preocupes, Cuñita, aquí hay para escoger —dice Guarderas.

—Pero volvamos al «Dorado» ¿no? —recuerda el César—. Ya hablamos del infierno

aquí, la soga en casa del ahorcado. Mejor nos vamos. Acaba esa cerveza de una vez que esto es para ejecutivos. Quiero algo más barato...

—Y más infame...

—Y más vil...

Ante las luces erráticas del automóvil, se yerguen los eucaliptos como enormes fantasmas en medio de la niebla nocturna. Por allí, en una curva en medio del bosque, un asno solo, un aparecido. Solo de vez en cuando, al cruce visible de una luciérnaga se encienden los ánimos:

—¡El farol! ¡El farol!

Y vaga el automóvil, sonámbulo, a merced del bosque y de la noche, siempre a punto del naufragio. Después del asno esculpido por la niebla, ya nada podría asustarles. La niebla misma es el fantasma, y si volvieran a ver al animal en una curva, probablemente envidiarían su indiferencia, su castidad. Cuando vuelven a ver el asno se detienen. Afuera, casi invisibles, solo pueden reconocerse por la voz involuntaria que se les escapa con el castañeteo de los dientes, y adivinar la distancia entre ellos por el sonido de los chorros amarillentos que horadan el suelo.

Deseo amortajado, el automóvil yace junto al borrico, si este no se ha movido de su lugar. Y no se ha movido, porque cuando el Cuña da al tanteo con el auto, enciende las luces y se queda pensativo al volante. Limpia con una franela sus zapatos, que se habían impregnado de lodo, se anuda la corbata, limpia sus lentes redondos, pero deja su cabellera en el desorden anterior.

—Es inútil —se dirige a Ignacio, que se había sentado junto a él—. Mejor nos vamos.

—No embromes, Cuña. Di mejor que se te subieron. Que se te subieron por la niebla, o por ese asno, o porque estamos perdidos o porque le tienes miedo a los chancros.

—Mejor me crees. Es inútil. Deben haberse llevado «El Dorado» al Oriente.

—Entonces tu padre lo sabrá de cierto, hermano.

Pero el Cuña no contesta, se hunde en su sombra, absorto, y se pone a dar golpes al volante con el dorso de sus manos nerviosas, vibrátiles.

—Perdona, Cuña, no fue mi intención.

—No es eso, no te preocupes. De todos modos, no creo que lo sepa. Es un paquidermo...

—Como Quito ¿no?: un paquidermo colonial: uno rasca y deja ahí las uñas.

—Es un paquidermo, ciego, sordo y galoneado.

—¿Cómo?

—Es un paquidermo galoneado, sordo, ciego y estúpido. Un paquidermo.

Y el Cuña se queda mirando, sombrío, los haces de luz —faros en busca del faro— que en vez de abrirse paso a través de la niebla lechosa y la oscuridad, se disuelven en las capas más próximas al parabrisas.

Afuera, manoteando en la atmósfera, nadando en el aire, el Mono y el César, sin verse ya, flotaban en medio de una niebla obstinada como roca, buscando a tientas la dirección del aullido quejumbroso de algo que no sabían si era perro o era lobo, extraviándose más en el fragante olor de los eucaliptos y la crepitación de las hojas bajo los pies.

—¿Sabes dónde estoy? —pregunta el Mono.

—Ni la más puta idea, hermano —contesta el César—. Parece que hay eco. Y tú ¿qué sabes tú?

—Que voy detrás de ti, pero no sé bien si a tu derecha o a tu izquierda.

—Entonces mientras hablo avanza hacia mi derecha y yo me detengo. Así vamos juntos. Eso. Ahora decidamos, ¿viene de la derecha, de la izquierda, de atrás o de adelante el aullido ese?

—De ultratumba, loco.

—Puede ser el perro del Dorado. Las putas estarán impacientes, hermano. Deben haber oído el motor. Y han de estar aglomeradas en la puerta haciéndonos señas con pañuelitos blancos, como los náufragos.

—¿Sabes, Mono, lo que estoy pensando?
—se detienen bruscamente.

—¿Crees en la magia, digo, en los poderes mágicos de la voluntad?

—No sé. ¿Por qué?

—Que no llegamos porque el Cuña no quiere.

—Bueno, maneja tú entonces.

—No se trata de eso, hermano. Es tan simple y tan difícil como esto: no llegamos porque el Cuña no quiere.

Pero Ignacio ya les llama perentoriamente. Dejando el auto, ha vuelto a hospedarse en

la niebla. Se van aproximando por las voces, las manos de ciego siempre extendidas, buscándose, quebrando a su paso los matorrales, hundiéndose los pies y desprendiéndose del fango, como de una ventosa.

—Apenas tenemos gasolina —observa Ignacio— y el Cuña ya tira la toalla. Está hablando solo. Deberíamos regresar, pero igual nos perdemos.

—Por él organicé esta vaina —dice el César—. Ya lo sorprendí una vez, cuesta arriba junto a los muros de San Agustín, hablando solo y gesticulando.

—Además —añade el Mono—, ya agarró la onda de vagabundear por Quito, sobre todo en la noche, en busca de quién sabe qué. Por eso el César y yo diagnosticamos una castidad perniciososa.

—Me pregunto qué va a hacer con el repentino interés que le ha nacido por la genética, por estudiar el código genético enteramente por su cuenta —observa Guarderas.

—Pero sus reflexiones sobre el código genético son confusas —aclara Ignacio—, balbuceos más que reflexiones. De todos modos, la

curiosidad está allí. Pero dejemos esto, él está borracho y nosotros más. Aullemos todos y ya.

Y el grupo arroja en la niebla un aullido que degenera en silbidos, en gritos futboleros, en carcajadas y llamadas a gritos:

—¿Dónde están, putas?

—¡Zorras!

—¡Busconas!

—¡Carishinas!

—¡Chuchumecas!

—¡Rameras!

—¡Pirujas!

—¡Guarichas!

—¡Licuadoras!

—¡Reclutas!

—¡Clase 6!

—¡Busconas!

—¡Chuchas!

—¡Hoyas amazónicas!

Hasta que no pueden más de risa y, al tambalearse, caen todos sobre el fango.

—Deberíamos regresar —dice Ignacio.

—No, hermano —dice el Mono—, hay que llegar como sea. Al menos uno de nosotros debe llegar.

—Muera tu plan espermatozoide —censura el César—. Esa competencia desleal no acepto. Uno para todos, todos para uno. ¿Qué dice el Cuña?

—Otra vez su padre —y a Ignacio se le ensombrece la voz—. Me recordó el caso de ese chico sin familia, sin nombre y sin siquiera una tumba que pudiera reconocer como la tumba de sus padres, recogido en la calle por el padre Gómez Izquierdo. Ese muchacho estaba libre de padres, de familia, de apellidos, de modales, de creencias, de valores, de costumbres.

—¿Libre?

—Libre, así dijo el Cuña.

—¿Y esa condición te parece deseable?

—No, hermano, eso debe ser la soledad y el desamparo totales. Uno arranca siempre de algo, una raíz, aunque esté floja, maloliente o enferma. ¿Te gustaría partir de cero, como él?

—Qué caso tan difícil, loco. A mí no. Tener que inventarse un pasado, toda una historia. No, es demasiada tarea, a mí no me gustaría.

—Al Cuña, sí. Eso me dijo. Y añadió esto: «La gente como nosotros no tiene apellido». Por eso le sigue dando vueltas a su padre.

—Si es así, va a quedarse en el camino — sentencia el César—: Por él hemos venido. Voy a tratar de convencerle.

—Espera —lo detiene Ignacio— mejor dejarlo solo. No va a abandonarnos aquí. ¿De dónde viene el aullido ese? Me pone los pelos de punta.

—Es lo que estamos tratando de averiguar —dice el Mono—. A ver qué dice tu oído.

—¿Aúllan los asnos? —bromea Ignacio—. Yo diría que viene de ese lado.

—Ciegos y sordos —sentencia el César—: ya no veo árboles, ni trepadoras, ni asno, ni carro, ni a nadie.

—Tenemos las luces de la nave —señala el Mono.

—¿Se habrá dormido el Cuña? —pregunta Ignacio.

—Oye, el Cuña apagó las luces. ¿Qué se trae? —corta Guarderas.

—Ahorra energía, es todo.

—Que avise, entonces —protesta, sacudiéndose la escarcha que una rama le había dejado en el hombro derecho.

—Da igual. Me echaste agua en la cara.

—¿Y ahora qué? —pregunta el Mono.

—Nada—. Ignacio parece inclinarse hasta el suelo, o acuclillarse—. Nada —insiste—: solos, abiertos los ojos y sin ver, y sin rutas.

—Sin putas —juega el Mono.

—Colgados en el bosque.

—Y las ranas ya croan pidiendo más lluvia. Lo que nos faltaba. Mejor volvemos a la nave.

—¿Qué pasa, Nacho? —pregunta el César— ¿Te has sentado?

—Esto es un mar de ranas —observa el Mono.

—El mar de los sargazos.

—¿Qué dices?

—Nada. Colgados en el bosque.

Silencio.

—Dame un fósforo, Nacho —pide el César.

—Atrapados. No hay nada que hacer aquí. El bosque se nos ha cerrado como telaraña.

—Volvamos a la nave —dice el Mono, y a gritos pide al Cuña encender las luces.

—Cállate —dice Ignacio—. Mejor esperamos. El Cuña quiere estar solo. Cállate. No te las prenderá.

—Nacho, ¿recelas del Cuña? —pregunta el César, prendiendo un cigarrillo.

—No sé. Creo que le temo. Pero no por mí sino por él.

—Bueno, decide entonces: o esta telaraña o la nave —amenaza el Mono.

—¿Qué te dijo en la nave, Nacho? —pregunta el César.

—Nada nuevo, nada que no sepas ya. Su padre. El mismo. El Román. Angélica. Eduardo. Lloró por todos ellos. Habló en voz baja para evitar que sus palabras se alejaran de él. Le duele que el Román no haya venido y que, a pesar de la lectura de los poemas, siga pensando que le hacemos un favor con nuestra amistad. Le contesté que no era así, y él acabó por darme la razón: es que simplemente anda por ahí, entre las paredes, los sindicatos y la Universidad, sin tiempo para nosotros. Y lo más grave: tres semanas ya y no se sabe nada del Eduardo. De veras, ya no sé dónde está la niebla, si adentro o afuera. Como si hubiera fumado mota.

—El Cuña está cansado de empezar —sentencia Guarderas—. Cansado del empuje,

cansado de estar empezando. Es más, no quiere empezar nada, ni esto ni nada.

—¿Le duele tanto la conciencia? —pregunta el Mono.

—La existencia, bróder —dice Ignacio.

—Es lo mismo —observa el César.

—¿No quiere empezar, entonces? —pregunta el Mono—. ¿Por qué vino con nosotros? ¿A qué juega?

—Para poder decirse que no —explica el Guarderas—. Para demostrarse que no. Que no hay respuesta. Que no tiene respuestas.

—Al contrario, César —afirma Ignacio—: tiene una respuesta: desafiar al Coronel. Se robó su automóvil, ¿sabías eso? Solo le presta el Marina para el colegio. Nunca ha hecho esto antes.

—¡A la puta! —exclama el Mono—. Entonces está anunciando su encarcelamiento, si el Gorila no lo estrangula antes. Ya veo por qué está tan cansado. No se puede en estos tiempos hacer el pendejo al ejército como quiso el Fausto, si es que fue él. No se puede, ñaño, ahora que el ejército se ha vuelto policía.

—El Fausto, ¿qué sabes de él? —pregunta Ignacio.

—Nadie sabe nada —observa el César—. Habría que preguntarle al viejo Elías, el hombre de papel. ¿Me oyen? Como no veo nada presumo que no me oyen.

—Aquí estamos, loco —dice el Mono.

—El viejo Elías —prosigue el César—: algunos lo toman por loco, otros por mendigo, los más por vagabundo. Es igual. Él está siempre en esas calles, bajo los arcos y los aleros junto a los zaguanes o en las esquinas del Centro. Pero es animal nocturno. De día ni Dios lo ve. Carga siempre su casa a cuestas, y su casa es una cobija, un reverbero y una biblioteca. Y la biblioteca son recortes de periódicos, el más completo archivo de la crónica roja, que él cuida como a una hija. Sabe siempre dónde encontrar la información precisa. Que lleve una especie de tarjetero mental de esa biblioteca mental del delito hace suponer que también se sabe de memoria todos o casi todos los casos penales archivados en ella. Todo está a sus espaldas y en su cabeza: casos de contrabando, de enriquecimiento ilícito de los políticos —esta información debe ser chanchota—, tráfico y consumo de dro-

gas, escándalos en guaraperías, accidentes de tránsito, aludes y derrumbes por mala construcción de carreteras y puentes, crímenes pasionales y de los otros, suicidios, redadas de putas y maricones, de estruchantes, falsificadores, captura de cimarrones y abigeos, de carteristas, pungas y colombianos. ¿Qué quieres?: más de media historia del país. Pues él, don Elías, debe saber cómo va el asunto del Fausto. Porque además se sabe la historia penal de cada quien: si ya fue apresado, si ya cumplió la condena, si se la abreviaron, si le faltan días, si está en libertad condicional. Pues él debe saber del Fausto. Pero si en la noche das con él será también por suerte, hermano. Nunca sabes si va a estar o no, ni dónde. Tener información burocratiza, loco, aun a esos niveles. A hacer cola y esperar. La otra noche, que me lo encontré en la Alameda, me contó la historia de un chofer de taxi que al buscar a su hijo desaparecido, encuentra su tumba en un cementerio. Un asesinato piadoso.

—¿Sabe más de lo que informan los periódicos? —pregunta el Mono.

—No lo sé. Lo que puedo decirte es que recorta todo: lee, deduce y archiva. Él debe saber del Fausto. ¿No sienten que ya está despejándose? ¿Están aquí todos?

—Aquí estamos, bróder. Pero ¿cómo sabes tú que se afanó la nave? —pregunta el Mono.

—Yo le ayudé —afirma Ignacio.

—¡A la puta! Pronto tendrás tú también historial en la biblioteca del hombre de papel.

—No entiendo —piensa el César—. Desobedeció y hasta robó al Coronel para venir a esta tiniebla, y ahora se comporta como si hubiera llegado a puerto.

—Ya llegó, hermano —dice Ignacio—. Es un viajero que ya llegó.

—Ya llegó —repite el César como un eco y sin comprender.

—¡El farol! ¡El farol! —grita el Mono con voz que danza.

Y el César e Ignacio alcanzan a ver, entre las estrías de niebla en franca retirada, el índice del Mono extendiéndose en dirección al lugar donde una lucecita roja cuelga tímidamente de los flecos de niebla: el farol rojo, pequeña antorcha, solitaria y distante, como

si para llegar a ella fuese preciso descender a una planicie cóncava, atravesada acaso por un riachuelo que haría necesario el cruce a caballo. Paralizados por el milagro, casi incrédulos, encantados por la lentísima pero evidente ascensión de las sábanas de niebla, los muchachos examinan el alcance de sus propias miradas: Ignacio se pregunta para qué, Guarderas contempla aquello sin alegría, el César se mira a sí mismo con secreta indulgencia, el Mono parece agarrarse de su propio grito de vigía.

—¡El farol! —grita el Mono, dirigiéndose al Cuña, que estaba sumergido, invisible, en el auto inerte, varado, sordo y sin voluntad, casi monumento funerario entre los eucaliptos y el fango.

—La cueva —dice Ignacio.

VI

Recuerdo de sucesos, de imágenes de las que nadie habla, pero que laten cuerpo adentro, en el corazón. Ha salido el Coronel, pero el eco de sus pasos resuena todavía en el zaguán de la vieja casona, en aquel patio bordeado de macetas de geranios. Y resuena aquí en la sala de armas, en el sable con que amenazó al Román y que ahora él, el Cuña, no se atreve todavía a tocar; resuena allí donde la Mariana planchó todos los caos del hijo desaparecido que tuvo en el cuartel.

Le gusta estar aquí, a solas, tocando las páginas que va a llenar, el arma que va a usar. Puede recogerse y divagar, ahora que pasó el tiempo de jugar al gobierno y al caballo. Eduardo era el pueblo y él el presidente por orden de su padre. Pobre Eduardo: cuánto habrá solicitado permiso para hablar mi sargento, y mi sargento habrá consultado a mi teniente, y mi teniente habrá informado a mi capitán, y el pobre Eduardo una vez más la noche entera en lo alto de un asta como un

estilita, sin poder recoger las piernas y luchando contra el sueño para no caerse como se cayó una vez del banquillo cuando él, como presidente, le ordenó subir de nuevo y, sobre un solo pie, colocar un foco. Y ahora es como si desde esa altura se hubiese desplomado y desaparecido, sin haber obtenido su perdón.

Estoy solo en la casa, solo entre las armas del Coronel. Este es el sable, esta la panoplia, este el tahalí, esta la canción que entonaba a dúo con Angélica:

*ah, qué bonita espada
de mi papi el Coronel,
deja que me la ponga
y dime que así es él.*

Y estos dos Smith y Wesson, y esta imitación de tizona, y estos cuchillos alemanes con afiladores y fundas de cuero, y esta daga suiza que imita a una de 1567, y este revólver Rogers y Spencer 44 tan parecido a esta Colt Army 1860 orgullo del Coronel porque es del tipo que usó el General Custer matador de indios y que tanto se parece a un martillo, y

el rifle de cazar venados Winchester 70, y este simple machete para cortar caña, y esta hacha prehistórica, y estas espuelas, y el fuate, y los guantes de montar, y las herraduras...

—¿Y ahora quién es el caballo?

—”¿Quién es el caballo? Con esta sogá te dirijo, caballo, este es tu ronzal y freno, y yo el jinete.

—¿Usted otra vez?

—Y ahora no te enlazo por el cuello sino por la cintura. Así has de correr más rápido.

Imposible forjar la estatua ecuestre: metro y medio separa al caballo de su jinete. Más que jinete sobre caballo, lo que resulta es algo menos que una diligencia, una carreta de dos ruedas tironeada por el equino. La suerte del carro está atada a la suerte y designios del caballo. Aunque atrás, a metro y medio, el amo intente dirigir con los dos cabos de sogá, será el sirviente, en desquite, el que imponga, tras desobediente caracoleo, las rutas que los caprichos del jinete le quieren trazar ahora, entre las columnatas de madera y los senderos previsibles del jardín.

—¡Arre, arre!

Pero el antojo del caballo impone la velocidad. Eduardo corre cuando quiere, curva donde quiere, y el Cuña debe amenazar con suspender el juego si no se le obedece. Solo la amenaza restablece la armonía del conjunto. Entonces son movimientos de una danza no aprendida, movimientos sincopados de cuatro pies que quieren ser cuatro patas y dos ruedas, en estas largas, ventosas y polvorientas tardes de agosto.

—¡Chalác chalác!

Crin al viento, el caballo resopla ya sobre las praderas del Oeste, y el jinete se abandona al paisaje visto en alguna película gringa, a la dócil carrera del caballo, que ya disfruta también de su collarón, de sus escarceos cada vez más infrecuentes y ceñidos a la voluntad del amo. Hay todavía una extraña claridad en el aire seco que hace refulgir las macetas de geranios. Salir, ganar la calle, entonces. Protesta el caballo, advierte la desobediencia, y el otro, el ceño fruncido, enérgico, le hace atravesar el zaguán a chicotazos. Resopla el caballo en la carrera. Los cascos y las ruedas tintinean y resbalan en el empedrado. Intrusos, pisotean

la luz del crepúsculo que ha invadido las calles y las plazas semivacías, ante las cantinas, las iglesias, el hospital, los monumentos inútiles. Nadie en las calles, solo un cura ensoñando a quien saludan por sus faldones largos: «¡Buenas tardes, señora!» Se esconden en la velocidad, la soga se afloja y se estira alternativamente en las manos del Cuña, que decide asomarse al campo. Eduardo protesta una vez más, advierte los castigos, la paliza de su padre, el Cuña ya no es él, es su padre ordenando a ambos: a él, su hijo, y a Eduardo, hágase mi voluntad, y van así ganando las afueras, las caídas de agua, los basurales, el borde del río, la puesta del sol, casi eterna. El molino abandonado corona la colina hacia el poniente, al otro lado del río. Se dispersan ya en el aire los sucesivos olores a cantina y hospital. Chalác chalác los belfos sangrantes, Eduardo resopla y se rebela contra las bridas hasta desgarrar las manos del Cuña. La mala hierba y las hojas de eucalipto uniforman las piedras y amortiguan el taconeo contra el suelo. El viento ataca a los eucaliptos y matorrales que suenan como aguas caudalosas,

como torrentes. El molino está siempre arriba, ya se esté de ida o de vuelta de él. La diligencia hace un alto antes de bajar al puente y emprender la cuesta arriba hacia el molino de bahareque y anchos aleros. Jadeantes, ven, al azar, las últimas luces del día apostadas en las nieves del Tungurahua y atrás, en las del Cotopaxi. Arden las manos del Cuña, duelen los pies por tanta piedra, y solo los eucaliptos y arrayanes atemperan el olor a basural y a mortecina. Una bolsicona cruza el puente, y la tapa de una olleta todavía humeante se le cae con estrépito sobre las piedras. Lleva un azadón al hombro, recoge la tapa y sigue cuesta arriba, casi huyendo, con sus pies desnudos. Eduardo pide otra vez ser el jinete y regresar, y el otro: no, yo soy el jinete, papá lo ha dicho, y Eduardo: por lo mismo, volvamos, habrá tremenda paliza para usted y para mí, ya casi es de noche, volvamos. ¡Arre! ¡Arre! En ello están, cuando, de dónde, hacia dónde, el prodigio: un potro blanco, solo como un aparecido, desciende desde el otro lado del río hacia el puente, y entonces estalla una vez más la tapa de la olleta contra las pie-

dras, y el potro blanco ya está frente al molino y, salvaje, hermoso, corre como atizado por un agujón. Chalalác chalalác chalalác, baja el potro indómito hacia el vértigo, solo, desenjaezado, y atraviesa el puente, los ojos bien abiertos como un pez, asustados, excitados por un fujete invisible, abiertos a todas las visiones y colores y olores del mundo, corre inverosímil, desenfrenado y sin rutas, y cuando ha cruzado el puente y se abalanza cuesta arriba con igual ímpetu, cuando el prodigio ya los toca con el chorro de su respiración, Eduardo arrastra al patrón hipnotizado hasta los eucaliptos desde donde, tendidos bocabajo, entre el olor de los arrayanes, lo ven pasar y perderse como en los sueños.

(Mientras esto sucede, alguien hilvana palabras en el fondo de una mesa de donde cae un lento polvillo de madera apolillada).

En la curva de regreso todavía hay polvo dispersándose en el aire. Eduardo y el Cuña miran el molino y se prometen volver. Simula Eduardo un relincho, empieza a trotar; el otro lo detiene y ordena el relevo: ahora los arneses para él, y las bridas, por primera vez

desde siempre. Sin prisa y en silencio envuelve el Cuña la soga en su propia cintura y entrega al siervo, ya perplejo, las riendas. Se disuelve también una pregunta en el aire oscuro, y el nuevo caballo cabalga cuesta arriba sobre las huellas del prodigio, con arrestos de joven potro cerril, llevándose consigo al jinete-diligencia-carruaje, que poco a poco se adapta a su velocidad y ritmo. Y pasan las viejas casas de piedra pómez y puertas clausuradas, el canto de algún gallo remoto, el olor a hospital, las cantinas, los sanjuanitos y el estrépito de vasos y botellas, las iglesias, los grupúsculos esquineros de fin del día, las calles semivacías, los monumentos inútiles; bajo los postes de luz eléctrica nacen las sombras de los dos, se alargan como manchas de tinta sobre papel secante, se esfuman, reaparecen bajo el siguiente farol. Chalác chalác, como los potros que presienten la casa, acezantes y felices. Atraviesan el zaguán de piedra y hueso, la caballeriza, y es de nuevo el jardín, los corredores de inquilinos silenciosos. Ya no importa mucho averiguar por qué el patrón cambió de rol; Eduardo aceptó feliz

ser el jinete y ha perdido el miedo. De pronto el Cuña siente el fuerte tironeo, lo frenan, por qué, se lanza hacia adelante con más ímpetu, chalalác chalalác chalalác, el caballo soy yo, que me entienda por el taconeo, más rápido por los corredores, más, más, esto es el desierto y nos persiguen los indios, pero no, lo frenan, ¿por qué?, y al fin escucha los pasos de su padre que llegan del cuartel. El Coronel sobre el zaguán de cenefal de hueso, observando. Solo un carajo violento en el globo de silencio, y luego esas manos enormes, rencorosas, que lo atropellan y desatan con odio el nudo de la cintura de su hijo para atárselo de nuevo a Eduardo, cambio de mando que algo tiene desde entonces de humillante y asqueosamente obsceno, ese sonoro carajo, esa reprobación y ese ultraje de las manos paternas que tocan esa sogá que jamás debieron haber tocado.

VII

Un mes ya y sin noticia alguna de Eduardo. Melancolías propias de esas calles tantas veces recorridas: llovizna pertinaz; patios de vecindad; seis, siete; cielo de plomo; sábanas tendidas a secar desde siempre; escalones corroídos por la humedad; alegres geranios en balcones ruinosos; motores que rugen allá lejos y cantos de gallos y ladridos de perros; tucurpillas y palomas sobre los tejados agujereados: goteras; líquenes en los postes, con las raíces al aire; musgo bajo los aleros; calles y casas de teja que se empinan hacia la montaña, llenas de sueño. Y esta pesadumbre en el corazón.

«Baja al corazón, taiticu...»

«Mariana, mamita, nodriza, nutris, nutricia, mi aquella lavandera del alma».

Las calles: la Loja primero y el hospicio de San Lázaro; luego hacia arriba por la Quijano, y ahora son las misceláneas y las zapaterías y las cantinas de la Ambato. Se abre la calle lateral en el cruce con la Borrero y entonces

asoma, entre dos casas, húmeda, la ciudad: San Sebastián, Luluncoto, La Tola y el cerro del Itchimbía. Ya quiere anochecer. Es la hora de las ventanas iluminadas, de los primeros faroles. Sigo por la 5 de Junio, bordeando las faldas del Panecillo, y con el agua parece que la calle más huele a meados. Borrachos en las aceras: aquí todavía existen para quienes los buscan; pero otros, como ciertas aves que al presentir la muerte buscan las alturas del páramo, se van Panecillo arriba, a las calles sin nombre y a las casas sin número con olor a chicha y aguardiente: son los que quieren perderse para siempre.

«Baja al corazón, taiticu...»

Gotea el agua de los tejados, ploc, ploc. Busco el número: 1182. Lo encuentro junto a un diente de la calle. La puerta está abierta, grande y apolillada. Al fondo un patiecito y lavaderos. Atravieso el zaguán y una niña me señala dónde es. Pero la Mariana ya me ha oído y acude a recibirme desde un cuarto semioscuro. Camina hacia mí, patizamba y chueca de tanto andar. Se arroja a mi cuerpo, me abraza y rompe a llorar. Me atrapa, no me

suelta, se agarra con las uñas a este cuerpo recuperado, y con un llanto convulso y sordo. «Ya, mamita, conténgase, hágalo por la guagua, ya pare, mamita». (Largamente hace reposar la mujer su cabeza contra el pecho del Cuña, ya callada, y él mira el corredor del segundo piso, la balaustrada de madera, el silencio de los demás inquilinos, los charcos de agua en el patio empedrado, los lavaderos, la niña que mira la escena sin comprender. La mujer le hace pasar a la habitación, que huele a ropa usada, «olía a gente, a gente», le comentaría más tarde al Mono): se amontonan las ropas en todos los rincones, aparentemente sin confundirse las de sus diferentes dueños. La niña prende otra luz. La mujer le ofrece un asiento, una silla desvencijada y una taza de agua de canela, para el frío. Ella se sienta frente a él en la orilla de la cama. Ya no llora. Ni parece que hubiera llorado. Tiene una cara escultórica, de boca y pómulos prominentes, frente estrecha y arrugada, tez manchada y un cabello negro y abundante que se bifurca en la mitad de la cabeza en dos largas trenzas; es un rostro aindiado y

embrutecido por el sufrimiento, con ese dolor andino que parece venir desde las grandes convulsiones del cretácico y, así formado, querer pervivir en el tiempo. Solo el brillo de sus ojos ternísimos da vida a este rostro de piedra rústica.

«Cómo le pedí no meterse con esas hermanas de ahí abajo, esas guarichas. Desmemoriadas son, mi Niño: apenas pasa un día y ya ni saben con quién estuvieron ayer. Se dedicó a la copa y venía las noches de fin de semana a querer pegarme. Cuando no estaba en el cuartel andaba tomando por ahí. Le gustaba un licor que otro conscripto amigo suyo le mandaba desde el Puyo, en el Oriente, el Sinchi Shungo: Corazón Fuerte. Cambió desde que entró al cuartel, mi Niño, se hizo un resabiado, solo quería pelearse con todos. Se hizo grandote y fuerte en el cuartel. Siempre andaba buscando pleito. Ya no era el que jugaba al caballo con usted, ya no era. Y como le daba a la copa, en el cuartel le castigaban. Sería por el olor que llevaba los lunes. Se aficionó de una de las dos guarichas, esas hermanas coquetas de la Ambato 625 que

viven a seis cuadras de aquí. Ana se llama, y con ella quiso casarse. Los dos hermanos mayores se opusieron porque éramos pobres. Se desvelaban cuidando a sus hermanas, pero lo que hacían era protegerlas de mi hijo. ¡Protegerlas de mi hijo, imagínese, como si mi Eduardo hubiera sido un perro rabioso, un apestado! Por lo demás, ellas hacían de las suyas, lo que les daba la gana. Todo el barrio las conoce, mi Niño. Cuando se dieron cuenta, ya mi Eduardo se había metido en la casa. Así la dejó empuñada y esa fue la razón para que golpearan a mi hijo. Se resabieron mucho. Todavía insistió en casarse con ella. Quería ser bien legal en todo. Y si llegó a pegarme fue porque también yo le pedía que la dejara, le imploré de rodillas que la olvidara, que los hermanos eran gente de peligro, podían hacer cualquier cosa. Sobre todo, eran dos con aliados. Pero le picó el mosquito del enamoramiento, y entonces ni yo por mi lado ni los hermanos de ella por el suyo pudimos ya con él. Iba a darle serenatas, así delicado y fino, y era peor. Se armaban tales grescas en la calle que una madrugada asomó mi hijo

con la frente rota y un ojo malo, sangrándole. Cuando le curé se volvió tan dócil, tan mío: me dije que por fin lo había recuperado. Pero se curó, y fue por ella el muy terco. No hubo manera. La otra hermana le habló también y hasta le amenazó, pero ya ve, mi Niño, el amor es necio. Conozco a la muchacha. Es blanca, rubia, pero no valía la pena: una coqueta como su hermana, una guaricha. Mi Eduardo, aun casándose, hubiera sido muy infeliz. Esas mujeres se casan con un hombre solo para demostrar que pueden casarse con cinco. Ella se le plantó en el alma como un diablo y ya no se la pudo sacar de adentro. Hasta que un mal día me dijo que se iba, que se iba lejos con ella. Se fugaba así del cuartel, de la casa, de mí, de los hermanos de ella. Ocurrió como hace un mes. Domingo. El sábado tan ni siquiera tomó, ni el viernes. Y casi no salió de casa esos dos días. Nunca estuve tan contenta, aquí estuvo conmigo todo el sábado. Me acompañó a hacer unas compritas en el mercado, me hizo compañía mientras lavaba, me habló de su vida en el cuartel, de sus compañeros, de sus castigos, de cómo le

hicieron pasarse la noche entera en la punta de un palo altísimo, mojándose el pobre en medio del aguacero y sin poder cambiar de postura. Me dijo que le gustaba tener mando —lo había probado ya en el cuartel—, que le gustaría ser como el Coronel, pero que nunca podría, él, pobre conscripto. Y cómo habló de usted, mi niño, con qué cariño, cómo se acordaba del juego del caballo. Yo le oía nomás con mucha pena, le oía. Dígame usted ¿qué podía yo decirle o hacer para que tuviera más mando, qué? No había remedio. Nació de mi pobre vientre y no podía aspirar a mucho más. Y el domingo se me fue. Se llevó ropita en su maletín. Que ya volvía, dijo, y se fue. Desde ese domingo no he sabido más de él. Un mes ya. Anda fugado, o perdido, mi niño, no sé. Ella, en cambio, ahí anda muy oronda, a seis cuabras de aquí, creciéndole una panza que ni siquiera puedo asegurar la tenga por mi Eduardo. No, no acepto cambiar ese nieto por mi hijo, por peleonero que se haya vuelto. Qué no hice para tratar de dar con él, mi Niño. Pregunté en esa casa a los hermanos, a todos, por mi Eduardo. Fíjese

que hasta se alzaban de hombros para decir «no sé». De esa manera, ellos me lo perdían más. «No sé, no sé, no le he visto, no le he visto», me cansé de oír decir a todo el vecindario, a todo el barrio, al cuartel. Me trepé a todas las guaraperías y chicherías del Panecillo varias veces hasta encontrar a los sobrios que me dieran razón. Nada. Nada. Me dijo su papá, el Coronel, que hiciera una denuncia, y eso hice. Acudí a los pesquisas, y solo me han sacado dinero, a mí que no tengo. Pero lo que tuve les di. Tampoco han dado nuevas. Dicen no saber nada. Dios mío, nadie sabe nada. ¿Andará fugado, no es cierto, no? ¿Y por qué, por qué no me avisa dónde está? El mundo es muy grande y hay muchos lugares, hay muchas tierritas a donde ir, pero ¿en cuál de tantas estará? ¿Dónde, mi Niño, dónde?»

Y llevándose la mano al seno extrae una vistosa envoltura de regalo navideño que, al abrirla, protege un atado de papeles medio corroído por el indiferente paso de mano en mano. Sabe Dios cuántos pesquisas, notarios, comisarios, secretarios, jueces, los leyeron entre una legión de escritos, echaron una

firma o un visto bueno encima tomándolos como certificados de defunción.

«¿Cree usted que regrese?», y extiende al Cuña ese legajo, mirándole con unos ojos que parecen querer darle una semilla de esperanza para que la haga madurar dentro de sí.

Yo todavía creo que cualquier rato lo voy a ver bajando del Panecillo, de allá arriba, donde andan los borrachos perdidos. «¿Cree usted que vuelva?», le insiste con esa esperanza en los ojos que él prefiere no ver. Nada más doloroso que la esperanza de esa madre ya huérfana de su hijo.

«¿Cree usted que vendrá, mi Niño?»

La denuncia por su desaparición, ese legajo mugriento: es todo lo que les queda de Eduardo. Eso, y la posibilidad de seguir errando de antesala en antesala, de tinterillo en tinterillo, de secretario en secretario, de pesquisa en pesquisa.

VIII

Sigue lloviendo. Esta noche, en el cuarto de hotel barato que hemos compartido una vez más, cuántas veces te has llevado mi semen, mi linfa, mi rica, mi deliciosa, mi insaciable Enotea.

Enotea, guía de iniciados, conocedora de todos los misterios. Bruja hechicera maga Enotea, madre, maestra, amante, puta mía, me has arrastrado hasta tu mundo para que yo reconozca el mío. ¿Qué puede dar más alegría, mulata, a mis días, que unos ojos, unas manos, un triángulo de Venus, dos globos morenos de carne y leche, la quebrada de tu sexo donde me sepulto?

Esta noche, en el cuarto de hotel barato que hemos compartido una vez más, cuántas veces te has llevado mi linfa, mi rica, mi deliciosa, mi insaciable Enotea. Cuánto abandono al misterio del goce, cuánto asombro de que esto que ocurre entre los cuerpos desnudos ocurra, asombro de ser conscientes de la dulce bestia que formamos, asombro de la

pérdida de la voluntad y de la conciencia a manos de una fuerza más poderosa que parece residir abajo, entre las piernas, y de ser capaces de tanto desparpajo, de tanta desvergüenza, de tanta obscenidad. Para que después venga la fatiga, el asco, una vuelta aún más obscena a las prohibiciones de la pubertad. Doloroso, he sentido la culpa y he dejado caerme en el vacío. Creí ver a ratos la locura, el exceso, la necesidad de la agresión y del martirio, de la sangre, de las cámaras de tortura, la necesidad de aniquilamiento. Todo tan grotesco, tan triste, tan obsceno. Tú gemías y gritabas de placer. Yo quería llorar y destruirme, morirme. Caían cartones y trapos rotos. Lluvia de trastos enmohecidos en un patio silencioso y lúgubre, sombrío y solo; cuartos sin nadie, galerías de cuartos abandonados con bisagras que rechinan, puertas que crujen y se abren y cierran con el viento, ecos sin pasos, sin voces, por corredores y zaguanes desolados, sábanas, sábanas sucias sin lavandera, y todo seco, pozos secos, viento estrellándose en las sábanas carcomidas, madre selvas muertas y geranios que el viento

sacude, viento frío que acaricia mi espalda y, de nuevo, jubilosamente, el frotamiento en las paredes de tu sexo que quiere llevarse toda mi savia, todas las vísceras. Necesidad de aniquilamiento, desprendimiento total: quiero desaparecer, perderme en ti, que te lleves toda mi sangre, mi semen, mi linfa, todo lo que hay bajo mi piel. Quiero que me arranques del mundo, puta mía, me exprimas, demonios, todo lo que en mí late. Morir, morir en ella. A la muerte, a la muerte, a la muerte.

IX

—Vi al hombre de papel —dijo el César con el aire sacerdotal de quien se sabe dueño de un secreto—. Lo vi luego de dejar a la Enotea. Era una noche dura, de calles desiertas, de un frío partelabios, y cerca de San Blas, bajo el monumento a Bolívar, vi un cuerpo a media cuadra, una presencia que me pareció casi sentada sobre un fuego. Yo venía de revolcarme con la Enotea, y pensé en el fuego de su coño. Mi cuerpo iba chupando el páramo por esas calles cuando lo vi. Semejaba una aparición y me acerqué, te juro, solo para compartir el fuego del reverbero que parecía escapársele como protuberancias solares entre tanto viento. Y entonces, al ver esas calles trepadoras, angostas, retorcidas hacia un lado y otro, pensé también en las escalinatas que se asoman a los bordes de las quebradas, y me dije que las cincuenta y siete quebradas de Quito algo tienen de fosas de cementerio y cuánto de vulvas abiertas, y tanto de imán, de algo que atrae y repele a la vez. Tan oscuras

para ver el fondo, donde aparecen los desaparecidos.

Como el viejo se dio cuenta de la onda que yo traía, me habló del Fausto, de esa noche de lluvia en que intentó arrebatarse el fusil a un guardia del Ministerio de Defensa, y al fracasar en el intento, tuvo que matarlo. Me recordó el viejo Elías todo aquello, desde las versiones amarillistas de sus diarios, hasta las respuestas de la oposición, que veía en todo aquello un pretexto más para justificar otra dictadura militar. Me ha atormentado, no sé por qué, el escenario más que el hecho, como si el lugar, esas quebradas, aquella donde él se refugió entre los breñales, a las cinco de la mañana, fuera el protagonista, rigiendo desde el fondo las acciones de los hombres. Me ha perseguido la soledad de ese estudiante, casi adolescente, en combate nocturno con su sombra, un soldado anónimo, como Jacob y el ángel, para arrebatarse su fusil. Un acto desesperado y solitario, que pretendió convocar en sí a toda Sierra Maestra, al Che en Bolivia, a Camilo en Colombia. Una tontería revolucionaria y una locura. En Quito,

ya ves, la gente vive metida en pozos, cada quien un pozo. Aquí la noche es insondable: todo se vuelve irreal, fantasmagoría, cosa de cuento y sueño. De noche, el silencio corta, asusta, y me contó el viejo cómo este silencio de camposanto se rompió con el grito de socorro del soldado, cómo sonó el disparo y corrieron bajo la lluvia, quebrada adentro, los pasos que quisieron ser héroes, y se sobresaltó el vecindario y se abrieron las ventanas a la lluvia, y cómo a las 2:35 de la madrugada encontraron en el lodazal la suela desprendida de un zapato, y cómo a las 4:30 dieron con el muchacho acorralado entre los breñales de la hondonada, todo él empapado y temblando de frío y de miedo al verse tan bruscamente cercado por los haces de luz y de voces, todo el entorno iluminado, brillando las hojas como espadas, y cómo al registrarlo dizque hallaron una navaja automática, un cartucho F-60 y una hoja con el título mao-adventista de «Adelante», una tarjeta de un tal señor Flores (¿habrá sido este esa invención, esa eminencia gris, ese instigador misterioso y probablemente insomne y solitario que, se-

gún los recortes de prensa de don Elías, habría de pagar trescientos sucres a cada uno de los dos atacantes que luego fueron tres y finalmente uno solo si obtenían el fusil ametralladora?), y dizque encontraron en sus bolsillos apenas un sucre con veinte centavos en efectivo, lo que habría de confirmar la presunción policial de que el móvil único del asalto fue desarmar al centinela, arrebatarle el arma; y, en fin, me contó cómo, por indicaciones del Fausto, encontraron, bajo tres piedras grandes en la ribera del Machángara, el fusil ametralladora —tesoro, talismán, imán y responsable de cuanto ocurrió esa noche: esa muerte, y la otra, que fue un juicio, una condena, una quiebra moral. Ese fusil que se cobró dos vidas con un solo tiro—. Hablar de esto me jode, porque suena tan oscuro, tan sórdido. Dónde la verdad. Dime, Nacho, si en algún repliegue de tu conciencia no sientes también que al hablar de esto o al oírlo, tus palabras se vuelven armas que, por desconfianza, se apresuran a apuntar contra ti mismo o a disparar balas perdidas si antes no has escondido esas armas bajo tres piedras en la

ribera de algún Machángara que llevas dentro. Pero no puedes esconderlas porque ahí estás tú, que las ves: para ti son visibles y te delatan y te acusan, te señalan una dirección sin que te atrevas a seguirla porque el escepticismo te vence: buscas claridad y certezas en un mundo tenebroso. Ahí estás tú oyendo al viejo Elías, frente al fusil, frente a las armas, que solo son humo y sombras porque ya se han hecho palabras, y entonces llega la parálisis: ya no puedes tocar nada ni tomar partido: los revolucionarios te apartan de la revolución, los ateos del ateísmo, los creyentes de la fe, los patriotas de la patria, los moralistas de la moral y, claro, los jueces de la justicia. Hasta que no te queda sino la quebrada de la hembra, de la deliciosa del Infierno, el fuego de Enotea: un amor que empezó mercenario, el primer amor. Enotea la mulata, la viuda puta. Dónde leí esto: Viuda: nombre que los presidiarios franceses daban a la guillotina. Ríete nomás, dime que por ella perdí la cabeza, y que ahora anda rodando por aquí, por estas calles. Don Elías no solo lee, recorta y archiva, sino que ve con su chulla

ojo, ve mejor que nadie, las cosas que están pasando afuera, aquí afuera. Me había visto callejear con la Enotea o buscarla, y al señalarlo, movió la cabeza con malicia; y no era compasión ni condescendencia, sino una especie de complicidad burlona. Ah, me dijo el pícaro, aquí todo se sabe, todos sabemos de usted y la mulata, pero no se fíe mucho de ella, que por mulata tiene buen corazón, pero es mujer, es hembra, y le hará cantar pasillos entre Mayorca Flores de Barril en cualquier cantina.

Lo que el viejo me dijo y me hace decir. Si alguien lo publicara en letra de molde, no tardaría en sumarse a esa crónica de culpas que es su biblioteca.

¿Y lo demás? Lo demás fueron gestos elementales, primitivos, de mono que se rasca y se frota el cuerpo y se cubre con el poncho; fue hurgarse las narices con los dedos, arrancarse algún moco y comérselo; fue aproximar la cara de judío errante al reverbero y bajar la intensidad del fuego para ahorrar combustible. Había hablado. No tenía más qué decir, y hacía mutis con luz que iba disminuyendo.

Se levantó, se puso a dar vueltas hacia atrás y hacia adelante como ciertos locos que así sobrellevan el encierro de San Lázaro, cruzados de brazos como sujetos por una camisa de fuerza, y hacia atrás y hacia adelante y, de nuevo, paranoicos, hacia adelante y hacia atrás. Ya me retiraba yo también entre la llovizna cuando, «psst psst», me llama. Ya no es un muchacho, dice, es un hombre acabado. Le dieron una puta enferma en el penal, le pusieron entre los delincuentes comunes, le facilitaron el trato con las drogas, lo violaron, le amariconaron. El muchacho es un hombre acabado. Ya verá usted: cuando salga libre, su cuerpo aparecerá sin vida en algún rincón quiteño. Y va a dolerme el profeta.

El héroe del Machángara. Se equivocó, hizo una tontería que el mundo no le perdona. Y el mundo, tú sabes, es por ahora el Viejo, la policía y el ejército del Viejo. Están sobre el Fausto, que algo intentó y se equivocó, y sobre nosotros que, sin haber intentado nada, nos hemos equivocado. Están sobre todos nosotros, Nacho, y deben ser fieles a sus códigos de justicia hasta sus últimas con-

secuencias. Al ojo por ojo. Era un humilde policía militar, un guardia nocturno y entonces, muerto en un atentado, lo que cuenta es el espíritu de cuerpo. Y qué importa al fin, que lo digamos, si sus venganzas transcurren más eficaces que nosotros, que nuestro descontento. Qué importa ya lo que te digo, mi pana, si también esos automóviles y las casas viejas que tumban y las nuevas que edifican sin que sepamos nunca por qué, los cheques y el petróleo y la publicidad circulan arrasando con nosotros, indiferentes y ciegos, tragándose almas y atragantándose con ellas, guardando en cloroformo todo lo que toca para que nada cambie, afantasmándonos, castigando para siempre al estudiante que quiso ser juez, cónsul, verdugo y soldado, y arrojándolo al pozo ciego del Panóptico. Lección y advertencia que no llegaría a oídos del 68. Dame otra biela, quiero seguir soltando la lengua. Dime ahora si desde lo del bosque del Dorado no puedo sino ver nubes negras sobre el Cuña. Dime si no es algo terrible lo que le espera. Para colmo, es inaccesible para mí, nada puedo hacer por él. Está muy

lejos de mí y de lo mío. Me siento maniata-
do, como él con el Eduardo. Creo que, en su
caso, la inutilidad, la impotencia para bus-
carlo, le han convertido en un desaparecido
más. Pues sí, está lejos de todo lo mío. Para
empezar, no quiere o no se atreve a entender
lo de Enotea. El único que ha llegado hasta
él es el Román. Le ha entregado sus poemas.
Él vive ya para otra cosa, para una causa se-
creta que tal vez solo el Román conoce. Y tú,
Nacho, me has confesado que temes al Cuña.
No eres el único. No sé qué anda buscando
en sus libros de genética: su madre está asus-
tada de que lea tanto, recela de él más que
antes. Ella sabe que un intelectual no es, no
puede ser jamás un hombre feliz. El Cuña
nació en la boca del lobo; es tan parco al ha-
blar, que lo siento acumulando odio minuto
a minuto, acariciándolo como a un tigre, y lo
siento capaz de acometer lo insólito y terri-
ble, de salir a buscar en las noches de luna el
fusil ametralladora del Machángara, todo en
secreto, como sujetándose a un rito personal
que se ha impuesto desde quién sabe cuándo.
Esto te parecerá infundado, esto te parecerá

una fantasía paranoica, pero le sienta al Cuña muy capaz de cometer un asesinato. Lo del fusil es un decir, porque sabes mejor que yo que su casa es un arsenal. Ahí las armas blancas son tan ilustres como las de fuego. Por el honor de la familia. Y ya sabemos las consecuencias del «robo» del Marina la noche de El Dorado: el Coronel casi lo mató de una paliza. Y de la complicidad con el Román en torno a Angélica. Afuera sigue lloviendo. ¿Qué dices, Ignacio, será de esperar a que hablen las armas?

X

Pasaron al fin las lluvias. Quito resplandecía en junio bajo un sol que habría de perdurar casi inmutable hasta los vientos de julio y agosto, meses en que el campo entra por asalto en las calles y las plazas. Los arupos de los parques no anunciaban aún las flores que en los meses de los campos secos cubren a la ciudad de un delicado color naranja. El Román había desaparecido de nosotros. Lo ocupaban dos cosas: la política y, quién sabe cómo, a espaldas del Coronel, el amor de Angélica: no solo no fue inmune a sus encantos, sino que prácticamente los descubrió. La desaparición de Eduardo ahondó nuestros temores por él. Era una advertencia. El Román se la estaba jugando con su intrepidez, su temeridad, porque aquí, como la política, nos desaparece el amor. Intuimos que el Román y Angélica habrían madurado, acaso prematuramente, o quién sabe. Lo cierto es que él dejó de verse, y lo cierto es también que aquí andaban con nosotros sus

poemas. Ocasionalmente pedíamos al Cuña nos los prestase para releerlos. Pero él exigía leerlos en su presencia, no fuera alguien a extravíarlos. Los conservaba envueltos en papel de estaño, cosa que les infundía una extraña vitalidad física, palpable, como la de ciertos alimentos cocidos al horno y así preparados para servirse. Y nos asaltaba siempre la misma pregunta: ¿cuál era la fuente de esa poesía tan crudamente impregnada de campo y de iglesia mendicante?

Pero no solo sus poemas nos llevaron a buscar, a nuestro modo, o a inventar, el país desconocido que se insinuaba en su poesía. A través del Cuña conocimos a un personaje notable, entre loco, farsante e iluminado, del que Román padre había sido amigo, y con quien había compartido ese prestigio de sabio que vagamente le habíamos atribuido. Hombre sin duda carismático, nunca —no sé por qué— supimos su nombre, pero dimos en llamarlo Doctor Paracelso, pues coincidía con él en algunas cosas, tal vez sin habérselo propuesto: simpatía por los alzamientos de campesinos; rechazo a la tradición libresca y

afán de explicarlo todo por la experiencia y la intuición directa del mundo palpable; espíritu alquímico; el hombre visto como microcosmos y laboratorio, y esa rara fe en Taita diosito, el Sumo Boticario. Había sido militante comunista de la línea soviética, después maoísta, luego un desilusionado escéptico y ahora un furibundo anticomunista y más furibundo anticapitalista. Se había iniciado a los trece años en las luchas campesinas, y más tarde hizo trabajo político de base en el campo, para acabar convirtiéndose a la causa indígena y combatir por su autonomía cultural. Hablaba y leía el quichua, y casi nunca lo traducía para nadie, a diferencia de lo que generosamente había hecho Román padre, al menos con nosotros. Rubio, de ojos azules, bajo de estatura, nariz chata, como aplastada por un golpe de puño, frente muy grande, semicalvo, hacía pensar la suya en la cabeza de Sócrates. Combatía rabiosamente la proletarización del campesinado indio —de ahí su odio a las tesis comunistas—, en el cual veía una autenticidad vital y cultural de la que carecemos los hombres de las ciudades, por-

tadores y transmisores, como lepra, de una cultura prestada, hecha de remiendos y adherencias dañinas. Una subcultura televisiva, falsa y rastacuera, en fin de cuentas. Mientras el Renacimiento italiano había legado bellas madonas a la posteridad, en la América india se convertían en estampitas retocadas para que taita cura su merced las bendijera. Pero lo admirable no era que se las retocase y vendiese como estampitas piadosas, sino lo que los indios eran capaces de hacer con ellas: en sus manos se convertían en objetos de un culto que constituía toda una creación. Tales eran sus palabras. No sé si las reproduzco fielmente.

Tal era el hombre que más cerca estuvo del Román, con la excepción de su padre y del Cuña.

Los poemas del Román. Esos pedazos de tierra y sufrimiento nos estaban desafiando desde que los escuchamos por primera vez, requiriéndonos para algo que aún no conocíamos. Y más que requiriéndonos, preguntándonos. Ellos mismos necesitaban ser interrogados. Soy de la clase media y com-

prendo con lentitud. Pero puedo afirmar que a veces la realidad teje unos hilos invisibles y de ellos mismos se nutre: el Doctor Paracelso se convirtió en involuntario y secreto cómplice de los poemas del Román para nuestros todavía confusos fines. Por él supimos que el 21 de junio se celebraría en Cotacachi — pueblo nativo del Román— la fiesta del Año Nuevo indígena. El sol en Cáncer. Solsticio de verano: en el hemisferio norte comienza el verano, en el sur principia el invierno. Y, casi sobre la mitad del mundo, sin invierno, ni verano, Cotacachi.

Inútil ya la búsqueda de Eduardo, entregado el Román al amor clandestino de Angélica y al combate con los demonios en los sindicatos y las calles, vino el Cuña con nosotros. Tenía que ver al chamán: lo necesitaba a muerte.

Aquel paseo de tres días estuvo lleno de pequeños milagros, frecuentado por íntimas revelaciones. Partimos en bola en la camioneta del Doctor Paracelso. Vimos en esa tarde los hilos de cometas fantasmales ascendiendo en el aire; vimos el resplandor de los vol-

canes: las nieves del Cotopaxi, del Antisana, del Cayambe, del Cotacachi. Frente a este, el pico gris de Taita Imbabura, el monte venerado. Vimos la parda superficie de las mesetas áridas; vimos un solitario caballo blanco, como emergido de un sueño, atravesando a galope un puente ruinoso; vimos las ceibas de Guayllabamba, tan parecidas a los árboles de la sabana de una África vista en el cine; vimos la puerta al infinito: un gran portalón sin casa ni fachada que al borde de la carretera abría sus puertas de par en par hacia el horizonte como una sonrisa sin gato; vimos los curianguines en las alturas del páramo; vimos alzarse la luna de plata desde el oriente, casi palpable; vimos caer la lenta noche sobre nosotros.

Eran casi las diez cuando llegamos a Pederuales, un anejo donde vivía taita Lucas, el chamán. Bajó el Doctor Paracelso para saludarlo. Todos bajaron con él, excepto el Mono y yo. Sin descuidar la mochila en que traía sus cuadernos y lápices de dibujo, el Mono se puso a silbar y marcar con los pies un ritmo inicialmente cumbiambero. Yo lo seguía

con mi pie. De un modo casi imperceptible fue convirtiéndose en algo muy andino, muy indígena: un sanjuanito o un danzante. ¿Por qué magia logró el Mono ese efecto de espectro rítmico, esa progresión tan sutil desde el trópico hasta estas alturas andinas? Me dije: el Mono comprende. Viene de Guayaquil pero *comprende* todo esto. Miré el rectángulo iluminado: la puerta de taita Lucas. Apenas se veía su silueta. Con gran vocerío surgieron, entre las sombras, indígenas y cholos amigos del Doctor Paracelso que, entre bromas y a la fuerza, nos dieron a beber chicha. Adentro, escupió el brujo abundante trago sobre el rostro del Doctor Paracelso. Arrodillado frente al brujo, se frotó la cara con ese licor, como lavándose. Las abluciones purificadoras habían empezado con él. Al fondo del rectángulo de luz vi un altar, al que juzgué barroco: un tosco San Jorge o San Miguel de madera extendía con la diestra una lanza contra una figura que se retorció entre otras formas confusas (acaso una virgen, un Santo Domingo, velas, botellas, floreros, cristales, piedras lisas: pedernales). El brujo entonó,

adentro, una salmodia, bella y monótona, en la que pude distinguir muy pocas palabras, muy pocas frases: «Santa Virgen Mamitica», «Aleluyapi», «juyayaylla curaca, juyayaylla curaca». En eso, nos distrajo desde el camino y desde la noche, a nuestras espaldas, una música como de gaitas escocesas que avanzaba hacia nosotros. Solo escuchábamos y esperábamos. Poco más tarde, un pelotón de danzantes llegó, entre baile y trote, levantando polvareda y entonando cánticos de guerra: «ochi ochi ochi». El grupo de comuneros, enmascarados, venía a saludar al brujo, de paso al río Blanco. Se llamaban cachipuros, dijeron. El Doctor Paracelso anunció al Cuña que al día siguiente, por la noche, taita Lucas lo esperaba para la limpia de su alma.

Nos incorporamos al grupo de cachipuros y con ellos fuimos al trote, bebiendo, fumando mota, zapateando y bailando en círculos concéntricos, primero frente a la casa del chamán y luego, cuesta arriba, de patio en patio, de casa en casa, hacia el baño bautismal en las aguas del río. Que habría guerra a pedradas, nos anunciaron, si nos encontrá-

semos en las aguas con algún otro grupo de danzantes. Ese grupo sería siempre enemigo. Corrimos infatigablemente entre magueyes, por los caminos vecinales, ochi ochi ochi, bañándonos en sudor, en polvo y en luna, con música de tambores, rondadores, guitarras y esa especie de gaita que nunca supe qué instrumento era. Bebíamos y bailábamos con los indios en cada patio que encontrábamos. La danza era un zapateo sobre el terreno que alternaba con giros en redondo y medias vueltas. Los límites de nosotros mismos se volvían borrosos, formábamos un cuerpo con ellos, éramos uno con ellos y hacíamos lo que ellos: seguir corriendo y bailando, hasta que los cuerpos sudorosos y polvorientos reclamaban el agua. Nos sumergimos, al fin, a la una de la mañana, en las frías aguas del río. La pequeña cascada, la Pacha Mama, nos calentó la piel con sus latigazos. Pero no podíamos permanecer mucho tiempo allí. Otra vez, al trote-baile, regresamos con los indios hasta la casa de taita Lucas. La luna andaba ya por el poniente. No disfruté de aquella fiesta como los demás: perdí la espontaneidad por

dedicarme a observar el frenesí dionisiaco con que el Doctor Paracelso y el Mono se entregaban a la fiesta. Solo les faltaba la máscara para ser de ellos. Yo me quedé en estotro lado, que se me volvía cada vez más borroso, más indefinido. Al llegar, muertos de sueño, a dormir en Cotacachi, advertimos que el Mono no había regresado con nosotros. El Doctor Paracelso, aunque medio borracho, nos dijo que nos despreocupáramos: bastaba conque el Mono supiera dónde estaba él mismo. Y él lo sabía: sabía que el Mono *sabía*.

Acaso por el chuchaqui, el Doctor Paracelso parecía estar ausente de la mañana y carecer de fuerzas y voluntad para tomar decisiones. Se instaló en un angustioso quietismo. Todo era azar, exasperante y lento azar. El tiempo no respondía a ningún programa, era incontable: si llovía, bien; si no, ya se vería; si hacía sol, bien; si no, ya se vería. Alguien me dijo después que este quietismo era la interpretación paracélsica del tiempo indígena.

El Cuña quería comprar los necesarios para la cura con taita Lucas. Esperaba muy

inquieto, nervioso, melancólico, las instrucciones de un Doctor Paracelso que no parecía estar para él.

A la mañana siguiente encontramos al Mono en una de las esquinas de la plaza semivacía y soleada, dibujando retratos de interminables niños que lo rodeaban y pedían más: que ahora la iglesia, y luego el monte, y las casitas, el árbol, la camioneta, una mosca, la sombra de la mosca.

—Este se nos va a quedar aquí —sentenció el Doctor.

Vimos a una indígena, adolescente y hermosa, correr tímidamente hacia su casa, en la esquina donde estaba el Mono con los niños. Resplandecía con el sol su larga cabellera negra y húmeda, y lucían sus pies desnudos bajo la falda negra. El César y el Cuña no vacilaron en pedirle agua con el pretexto de verla. No tendría ni veinte años y tenía ya dos hijos. Pedimos al Mono la dibujase. Al menos nos llevaríamos su retrato. Ella se negó. Sin embargo, con solo haberla visto una vez, el Mono reprodujo de memoria los rasgos de la bella con tal fidelidad que el Cuña y el

César hubieron de sorteársela con una moneda. Cara o cruz. Cruz: ganaste, César. Pero el César se la cedió, arguyendo que ya tenía a la Enotea.

Para entonces, empezaron a bajar del cerro los cachipuros con estrépito de trompetería, bombo y platillos, ya no de militares como la víspera, sino con zamarros y grandes sombreros de vaquero. Un fuele en cada mano. Algunas máscaras, otros con lentes a modo de antifaces. Avanzarán a lo largo del día desde los anejos hasta la plaza de Cotacachi, donde serán miles. También venían con ellos los tontos, disfrazados pero descubiertas las caras, enanos, patizambos, bailando juntos en pequeños corros, vivas imágenes de la risa. En la ciudad los habrían recluido en lóbregos asilos. Aquí, comentarios de la comedia humana, eran objetos de protección y casi de veneración.

Pasó el cortejo. Los alcanzaríamos más tarde, en Cotacachi. Desayunamos papas con aguacate y queso. Qué tentador volverse naturalista entre las chilcas, los molles, las cabuyas. Basta levantar una piedra para con-

vertirse en entomólogo: uno sorprende allí y observa la vida de las cochinillas. Y qué bonito el juego de adjetivar los alimentos, convocándolos en un mercado verbal:

La papa elemental, terrestre.

El melloco, terrígeno y baboso.

El maíz, gregario y proletario.

La quinua, abundante arroz menudo.

El ají, macho y agresivo.

El aguacate, verde pan sedoso.

La arveja y el haba, monjes verdes en su cárcel verde.

La indiscreta zanahoria, un niño malcriado.

La opulenta naranja y generosa.

La mandarina, naranja del subdesarrollo.

El limón, aristócrata y flemático.

La alcachofa, novia despetalada en su noche de bodas.

El fálico pepino.

El mamey, el mango, la papaya, una, dos y tres vaginas.

El banano, simplemente prehistórico.

El grano de café, semilla de la vulva.

La nuez y la bellota, recónditos, secretos.

El César propuso ir a nadar en el río hasta que la fiesta llegara a Cotacachi. Dimos, al azar, con una pequeña fuente de aguas minerales, ferruginosas. El Doctor se desnudó y entró en las aguas. Su cuerpo se impregnó de color ladrillo. Esto es Delfos, decía, como un hierofante, sumergiendo su cuerpo de Sileno, fumando mota y riéndose de todo. «Hombres», decía, citando a un alemán: «aprendan a reír». El Cuña, impaciente, preguntó una vez más lo que debía comprar para entrevistarse con el chamán. Pero el Doctor, sumergido en la fuente, seguía invocando a Delfos, a los Misterios, a la Magia; reía y hablaba en quichua sin dirigirse a nadie. El Cuña empezó, entonces, a sentirse traicionado. Me lo dijo. «Lo que pretende», añadió, «es hacerme sentir ajeno a todo esto, probarme acaso: recordarme que la limpia de taita Lucas solo surtirá efecto si creo en ella. Él no sabe que yo creo y me someto. O finge no saberlo, no sé con qué fin».

De vuelta en Cotacachi, la plaza era una fiesta. Sol, colores, movimiento, música, baile, griterío. Seis o siete grupos de danzantes

se disputaban las esquinas de la plaza, bailando al chasquido del látigo y del grito, sin que llegaran a tocarse. Pero entre la multitud que nos jalaba hacia el vértigo, ¿dónde estaban ocurriendo las cosas? ¿Dónde estaba el centro de la fiesta? ¿Había centro? ¿Qué ocurría allí realmente? Estaban los hombres haciendo restallar sus látigos para disputarse las esquinas. Estaba el cortejo de los tontos bailando cerca de ellos. Estaba la banda de pueblo con la cohetería multicolor y multi-forme a su lado subiendo al cielo y estallando en el aire, o los buscapiés rastreando el suelo con su breve llama y abriéndose paso entre los pies anónimos. Estaban las mujeres sirviendo interminables vasos de chicha. Nada de ello, sin embargo, explicaba el movimiento de la gente, demasiado atenta a otra cosa, a un punto adentro de sí misma pero también afuera. Nos alzamos de puntillas para ver, entre los sombreros de los comuneros, lo que ellos estaban viendo. La marea humana nos empujó con fortuna hacia una banca de piedra, desde donde pudimos ver con claridad. Un tullido harapiento, abriéndose paso entre

una multitud que parecía reverenciarlo como a principal, cruzaba de rodillas la plaza hacia la iglesia. Algo que fuimos comprendiendo durante su camino es que mucha gente empezó a desentenderse de él, no por lo torpe y lento del avance, sino porque ese camino iniciado era ya tan parte de la fiesta como la cohetería, la música, la bebida y el baile general. No pude contener el impulso de ofrecerme a ayudarlo. El hombre me rechazó con una sonrisa que parecía reprocharme mi incomprensión. Con mis manos aún tendidas en el aire, me enfrenté también a la risa condescendiente de los comuneros. De nuevo sobre la banca, me recibieron las palabras del Doctor:

—Ese hombre cree —dijo, conmovido, para sí mismo—, ese hombre cree.

Tronaban los cohetes, voladores y buscapiés en torno a nosotros, y aquel hombre seguía su penoso avance hacia la iglesia, que lo esperaba con la puerta abierta. Solo aceptó un vaso de chicha en un breve descanso. La gente seguía mirándolo con extraña mezcla de alegría y veneración. Abriéndose paso entre esa multitud a la que iba incluyendo en

su lento avance, tardó como media hora en llegar desde el otro extremo de la plaza hasta el templo, hasta su Cristo de palo.

—Ese hombre cree —repitió el Doctor, conmovido—: ese hombre cree. Si alguna vez vi una entrada triunfal de alguien en alguna parte, fue esta.

En otras palabras, el inválido avanzó penosamente hacia la iglesia con la oscura convicción de que su acto de fe reaparecería transfigurado en tan bello, grandioso, indescriptible premio, que ni él mismo podría reconocerse. Después de tan largo camino hasta el templo, el hombre habrá humedecido sus manos terrosas con agua bendita y con ellas habrá manchado de lodo y mugre la imagen venerada. Porque aquel inválido sabía misteriosamente que su fe era más poderosa que todas sus miserias y que los tesoros del templo. Sabía que su acto estaba iniciando un largo camino en un mundo paralelo a este, donde las acciones se escriben imborrablemente para reaparecer en una vida ulterior con luz deslumbradora. Creo que resumo así lo que entonces y más tarde nos dijo el Doctor.

—¡Dios! —exclamó, incrédulo, asombrado— ¡Ese hombre cree!

Y luego de darme las llaves de la camioneta, se extravió entre la multitud.

Si con esos ojos había visto el Doctor el episodio, nosotros lo vimos desde los poemas del Román. El acontecimiento que veníamos de presenciar los ilustra casi a cabalidad. En ese pietismo nos habíamos congregado todos, como en una plaza, como en una fiesta.

Nos separamos. Acompañé al Cuña a buscar otro informante. Dimos con él en una tienda. Allí mismo compramos los necesarios para taita Lucas: naranjas, plátanos, huevos, pan, coñac, claveles, cigarrillos, velas, agua de colonia, panela, cohetes, una escoba y una estampita. Algunos serían usados como objetos rituales, otros como meros regalos.

En la plaza seguía la fiesta. Aquí, en la puerta de la tienda, una mujer indigente, acaso idiota, descansaba, de pie, de su costal repleto de papeles y basura. Tenía una cabellera negra, hirsuta y sucia, sucia como toda su vestimenta andrajosa. Miraba hacia la calle y la plaza con ojos enormes y atónitos. Luego

se puso a gritar, como el perro que ladra sin dirigirse a nadie, los nombres de las cosas que registraban sus ojos asombrados, con larga pausa entre nombre y nombre: *árbol, casa, gente, baile, caras, ojos, pelo, brazos, manos, tierra, carro, polvo, tambores, iglesia, campanas, pingullo, flauta, música, estatua, música, música, música, música*. Luego, largo silencio sin eco ni respuesta. Volvía, con tensión de condenada en el cuerpo, hinchadas las arterias y venas del cuello, fruncido el entrecejo, a repetir la serie, casi sin variaciones. Nunca una frase, solo enumeración desesperada —como si al nombrarlas se apropiara de las cosas— y ojos atónitos: destellos, imágenes. Durante la fiesta, el mundo ardía, reverberaba ante ella.

*

Hora de partir. Dimos con el Mono, que una vez más había decidido quedarse. Estaba sudando, borracho, poseído por una rara exaltación. Después de ardua búsqueda, encontramos al Doctor Paracelso tirado en una

acera, abrazado a un indio, pilche en mano, durmiendo la borrachera bajo un molle. Lo subimos a la camioneta y llegamos, como la víspera, a la casa del brujo en Pedernales.

Solo el Cuña y yo entramos en ella. Ya estaba dormido y lo habíamos despertado. Ya no nos esperaba. Nos hace pasar un indio que desde afuera ha empujado la puerta. Nos sentamos sobre una estera de palma y, a la luz de las velas lo vemos, en un camastro del fondo, levantarse lenta y torpemente. Recoge y dobla su cobija, envuelve el ligero jergón al pie del camastro. Todo eso es largo, lento: lo hemos despertado. Llega frente al Cuña con su rostro de anciana viejísima, sus blancos cabellos largos y revueltos como hilachas enmarañadas. El Cuña entrega las ofrendas. Taita Lucas está muy contento con los cohetes voladores, regalo inesperado, para el día de San Pedro y San Pablo. Se sienta con las piernas cruzadas y se las cubre con una cobija. A su izquierda está, en efecto, la inverosímil imagen de San Jorge, patrón de los ejércitos, allí una especie de perro retorciéndose de dolor, allí la imagen de la virgen.

Extiende el chamán, con ayuda del acólito que nos hizo pasar, un mantel blanco sobre la estera y empieza a decorarla. En las cuatro esquinas coloca los panes, luego los plátanos, y entre ellos, las naranjas. Deshoja en el centro los claveles, y con los pétalos dibuja una cruz. Sobre la cruz de claveles rojos despetalados pone dos alargadas piedras de cuarzo ahumado, también en cruz. Sus lentos dedos parecen ir improvisando, inventando, la decoración. Luego distribuye sobre el mantel piedras y cristales mágicos: tapas de pomos de agua, flecos de arañas de cristal, idénticos a los de la sala del Coronel, colgantes diversos de cristal con adornos en relieve, y más piedrecillas, más sílice y cuarzo. La composición es de una gran belleza plástica. Objetos como la cajetilla de Lark y la estampita retocada cobran una dimensión nueva al instalarse en ese mundo primitivo y mágico. Taita Lucas se toma su tiempo. Tose. Conversa. Reza. Nos habla —más al Cuña que a mí— de sus problemas familiares, de su viudez, de la muerte de su hija, de su soledad. Distingue con claridad el mundo temporal y humano en que

nos movemos todos, del mundo mágico y sagrado que se avecina. El chamán puede ser un hombre cualquiera, víctima de todas las vicisitudes de la existencia: puede, por ejemplo, haber perdido a su familia entera y extraviarse en la gran ciudad y litigar, a través de un tinterillo rapaz contra otros tinterillos rapaces, por asuntos de tierra. Pero el mundo de la magia es un espacio reservado y secreto, un recinto donde se aloja un tiempo diferente y donde ocurren también cosas, pero de un modo misterioso y secreto. El hombre es, para la magia, algo más que un bien concertado haz de sentidos, tales como la vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato y el sentido común. La magia amplía los sentidos, o nos despierta sentidos nuevos, desconocidos. ¿No sostenía esto Paracelso?

Empieza el brujo a salmodiar en quichua algo que no entiendo, pero que es hermoso. Su canto es triste y cada vez más lúgubre: diríase un canto funeral, un responso. Miro al Cuña: no mira al brujo: ha inclinado la cabeza hacia el pecho, como quien se resigna de antemano a la sentencia que le van a dictar. Las

palabras del chamán se disuelven en el canto y en el quichua: «Baja al corazón, Taiticu». Me distrae del asombro el ruido, afuera, del trote militar, las gaitas y los himnos: *ochi ochi ochi*, más como una evocación que como una presencia real. Solo yo he mirado hacia la puerta. No hay nadie. Afuera duermen los demás en la camioneta. Taita Lucas, el Cuña y el acólito guardan silencio, cabizbajos. Luego toma el chamán trago puro y lo sopla sobre la cara del Cuña, como había hecho con el Doctor. El corazón me da un vuelco cuando miro a mi amigo: ¿tiene?, ¿parece que tiene?, la cabeza ensangrentada. Cierro los ojos con firmeza y me digo: estoy cansado, muy cansado. Los vuelvo a abrir: bailotean las llamas de las velas. Enciende el brujo un cigarrillo, nos lo ofrece. Absorbe el humo y lo sopla sobre la mesa como limpiándola. El Cuña y yo hacemos lo mismo. Ese humo es el incienso de la misa concelebrada. Lo sopla sobre la mesa y la purifica. Nos da de comer el pan y de beber el coñac. Luego un huevo crudo y luego un plátano. Su ánimo es más vivo y conversador, pero ya habla más conmigo que con el Cuña. Apenas puedo en-

tender su tosco español sin sujetos y con verbos mal conjugados. Sin embargo, el Cuña lo entiende y responde por mí y ya conversa con él. «Don Román mejor allá arriba que aquí», sentencia. La salmodia, la aspersion bucal con trago y humo, los alimentos compartidos, se alternan hasta cinco o seis veces. El ritual ha durado ya como dos horas. El brujo le quita al Cuña el poncho que llevaba encima, le hace sentarse aparte y con hierbas de ruda le frota el cuerpo: la espalda, los brazos, la nuca, la cabeza; le asperjea la cara con trago escupido por su boca y le purifica con agua de colonia. La cara del Cuña está empapada. Veo, una vez más, la sangre chorreando por sus sienes. Me digo: «es la luz del foco, es muy tarde, estoy cansado, tengo sueño, sí, es el sueño». Toma el chamán un pilche con agua y se lo ofrece al Cuña, diciéndole: «Vos estás cansado: toma esta agua, buena para eso». Finalmente, sopla el trago sobre las hojas y las quema.

Y eso es todo, *ite missa est*: el sacrificio ha terminado, podemos irnos en paz.

El Cuña deja, por petición del brujo, dos billetes de cincuenta sucres sobre la mesa.

Taita Lucas le dice que no debe sentirlo, no debe sentir que deja ese dinero.

«No lo siento», dice el Cuña.

Antes de salir, observo que el San Jorge no lleva consigo una lanza, sino el asta de una bandera, y que la bestia que se retorció de odio es la tela tricolor que hace un momento semejaba un perro monstruoso. Un efecto de claroscuro sobre algún pliegue de la bandera había hecho de ella un par de alas igualmente monstruosas.

Afuera nos recibe un cielo todavía azul con la luna sangrienta en lo alto.

XI

«Baja al corazón, taiticu, porque al hacer las cuentas de mis bienes, descubro que tengo solo años, y que procedo de alguna quebrada, de no sé qué arruga del tiempo, y me voy acumulando en mí, en mi volumen; porque mis días son ya una larga banda que se enrolla sobre su ombligo, sobre el centro que no conozco o que no tengo. Dónde, taiticu: ¿arriba, en los fríos del Chimborazo? ¿Dónde, en una plaza de Cotacachi? ¿Cómo, taiticu: como perro sin dueño? En piel y hueso, taiticu, y en el frío, a la intemperie, perro que ha subido hasta los hielos, a buscarse otro padre, otro padre, otro padre...»

«Baja, taiticu, al corazón, no de algún trono celeste y remoto, de la cabeza nomás, al corazón, que se humildece hasta llamarse shungo, y que se va quedando solo como una casa sola porque sus dueños se han ido o se han replegado en los rincones del sueño, para que tome posesión de sí misma, se hospede en sí misma,

dueña, y deje pasar a la luna por las ventanas, y cruja ya sin peso la madera que se acomoda las venas y hablen las sombras, y tomen la casa las hormigas por asalto y todo espere la visita, taiticu, tu visita...»

«Y sin embargo aquí me estoy, armado en este martes de guerra y niebla, mis palabras convertidas en piedras, mi mano en honda, repartiéndonos el pan del miedo entre todos por igual para apenas sentirlo, disolviéndome entre todos y para todos, yéndome en mi palabra, una sola, MIERDA, que significa también que no podré contar, no podré contar lo que no he vivido. Si supieran cuánto me río al escribir esta palabra que subrayo...»

«Y ahora, a escaparse en cada letra al interior. Dejo la pared, y la palabra en la pared. Aquí hubo cacería de bisontes, de ciervos y de hombres. Irse y desvanecerse, sería lo mejor. Buscar, encontrar y meterse en la caja donde el cristo reviente al tercer día. Hace frío, y solo hay este meadero hediondo en la pared, este azufre para abrigarse el cuerpo. Hace frío en

las nieves y en este callejón de viento, en este páramo. ¿Dónde el calor, padre? ¿Dónde en esta noche?»

«Voy subiendo, taita, padre mío, hacia los hielos. Negra es la cuesta, como la noche, pedregosa y resbaladiza. Es páramo y hay nubes oscuras, frío, soledad. El abismo corre abajo, a la izquierda. Ahí está la nieve, ahí el glaciar. Sobra la máscara, sobra el equipo: mi afán me vuelve invulnerable. Doy un paso y resbalo tres en la pizarra granulada. Caído en planeta desconocido, busco la señal, la huella. Blanca es la nieve y grande como un mar, un blanco oleaje que sube y baja, que va y viene. En el glaciar, no lejos de la base del precipicio, reconozco la señal. Preso te veo en tu alta quietud, en ese tu blanco sudario. Penosamente comienzo a atravesar el espacio hacia tu inmovilidad, como un inválido una plaza hasta su Cristo. No tengo más remedio que las uñas para rascar la nieve. Me dispongo a hacerlo cuando, metros arriba, un lento, profundo aleteo me detiene. El cóndor sale de una nube y se posa sobre una roca. Hay inteligencia en sus ojos y

me mira, inquisitivo. Me dice con sus enormes alas desplegadas entre la nube y la piedra húmeda y brillante que no, que no debo tocar esa nieve, que no puedo corregir ya esa inmovilidad. Pero no, me digo, aquel cóndor guardián solo abre las alas para conservar el equilibrio sobre la húmeda roca. Vuelvo a rascar la nieve y entonces el movimiento de sus alas produce un viento que me hiela la espalda. Majestuoso, bate el cóndor sus alas y me ordena retirarme del glaciar, de la montaña, de mi intención. Así lo hago, y el cóndor me acompaña, monte abajo, volando sobre mí como una promesa».

«Para mí ya es hora, taita, padre mío. Preso estás en tu blanca quietud, en ese tu alto sudario. ¿Puede alguien corregir tu inmovilidad? Tanto como yo sacudirme el alfiler que me clava a la pared. NADIE SALE VIVO DE ESTA VIDA han escrito en este muro. Nadie puede revocar esta sentencia. En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu».

XII

«Algo sangra, el tigre está cerca»

(Eduardo Lizalde)

A las cinco abrimos las puertas del teatro. No parecía haber sido indispensable suspender los altavoces para que la multitud, ya congregada afuera y en espera desde antes del mediodía, mantuviera un clima de recogimiento, aun a pesar de la frustración y la cólera. Los acontecimientos se habían precipitado y alcanzado ya uno de sus límites de gravedad como para pretender rebasarlos. No se podía, por el momento, ir más lejos. Por otra parte, estaban el respeto y el silencio que el momento imponían. Nosotros habíamos estado yendo y viniendo de afuera al interior de la sala, donde no era posible sustraerse, más que nunca, al carácter litúrgico del teatro, de toda ceremonia en realidad, como las páginas del Román y Cotacachi nos habían dejado ver. Todos nos sentíamos preparándonos para un gran momento, pero nos parecía

al mismo tiempo que el gran momento había pasado ya, y mientras ayudábamos en el escenario, sentíamos también que cada uno de nuestros movimientos era ya el gran momento, solo que seguíamos siendo público, otros los protagonistas. Ese mover cortinas, telones, bastidores, ese extremado esmero en la limpieza del teatro, nos distraían apenas de los sentimientos que nos aprisionaban. Solo nos decíamos lo indispensable para el cumplimiento de nuestras tareas en ese agitado ir y venir por el teatro. Sin embargo, también, sabíamos que lo indispensable estaba todavía adentro de nosotros, apretándonos las gargantas, resistiéndose a decirse, postergándose indefinidamente, en una suerte de horror sagrado. Congelados por el escenario, nuestros sentimientos deambulaban en una actividad nerviosa y un aturdimiento inocultable. Cuando por un rato debíamos escaparnos de las luces artificiales, opresivas, del interior, ya fuera para recibir sillas, flores o lámparas, ya por la mera curiosidad de saber qué estaría pasando afuera, nos preguntábamos cómo esa palpitante luz dorada del sol,

cómo esas mariposas y esas flores inflamadas, cómo esas estremecidas palmeras de la avenida y el renovado flujo de automóviles podían estar tan vivos e indiferentes a lo que estaba ocurriendo. Nos extrañaba cómo la paciente tarea de esperar había atenuado la pena, la ira, en los rostros de la gente. De ahí se escapaba un murmullo constante; algunos aguardaban de pie, o fumando un cigarrillo, o leyendo las hojas volantes del momento y comentándolas; la mayoría esperaba en pequeños grupos sentados sobre la hierba, con algún sándwich o una cola, en una suerte de picnic fúnebre.

Luego, presintiendo la apertura de las puertas, la multitud se congregó bajo la cúpula del hall del teatro, donde las voces resonaban en un zumbido íntimo, numeroso.

A las cinco se abrieron las puertas del teatro y con la multitud ingresamos de nuevo en él, sintiéndonos un poco los anfitriones, anfitriones del dolor. Nos mirábamos ocasionalmente y nos entendíamos en silencio. Fue así como, a pesar de todo, se nos atravesó alguna ráfaga de admiración por lo que había-

mos hecho como empresarios y decoradores de pompas fúnebres. Ahí estaba el escenario, imponente y silencioso, atravesado por dos banderas —ni la segunda, rojo sobre rojo, como costra en la herida, estaba de más— sobre la inmensa cortina del fondo, con la que habíamos cubierto la pantalla de cine; la gran cortina de terciopelo rojo se aglutinaba, en cada ondulación, en gruesos tubos de sangre coagulada, fondo perfecto para el ataúd exhibido a lo ancho del escenario, brillante su metal bajo las luces, venerable como un cenotafio.

Las circunstancias nos habían vuelto acuciosos monitores de escuela católica. Señalábamos a todos sus asientos, les pedíamos colocarse en columna en el costado derecho, desde donde empezaron a desfilan, estremecidos y silenciosos, escaleras arriba hacia el cadáver, visible el rostro a través del grueso cristal. Alturas de nuevo, alturas del Chimborazo, donde, helado, reposa el cadáver del padre. Primero fue la señora, esa humilde de rostro ajado por el dolor. Los tacos de sus zapatos parecían haberse torcido

bajo la carga del sufrimiento. Incrédula, sonámbula, dejó caer la mantilla que la cubría y se abalanzó sobre el féretro a envolver con su cuerpo el cadáver. ¿De quién lo protegía ahora, en ese abrazo que comprometía sus entrañas? ¿Nos culpabilizaba íntimamente a nosotros, que lo habíamos envuelto en su aire último, en su ropa postrera?

Entonces miramos los detalles: los intrusos, los colados allí, seguramente cómplices de los asesinos, presuntos espías, policías de civil, los desconocidos inconfundibles. Pero no teníamos pruebas. Y de nuevo las banderas, las telas del fondo y laterales, rojas, pesadas, los pliegues como enormes coágulos de sangre en las cortinas de terciopelo, el cuero sintético de los asientos ocupados ya por centenares de personas que se cobijaban en el pensamiento de la muerte, en el combate desigual. El subir por escaleras laterales hasta el centro del escenario y descender por las otras. La mosca posada sobre el vidrio del cadáver. El ensimismamiento del Cuña.

Martes. La premonición se había cumplido: lo mataron ayer, martes, y por la espalda.

Fue el único de los nuestros caído en la manifestación. Allí yacía, cumpliendo el destino dictado por sus poemas y su amor prohibido, en aquel féretro prematuro cubierto de límpidas lágrimas. Mientras desfilaban nuestros compañeros y los padres de nuestros compañeros, el ataúd adquirió, ante nuestros ojos húmedos, la silenciosa movilidad de una barca que partía con un viajero solitario, viajero hacia ninguna parte, náufrago que parecía pedir salvación para los que nos quedábamos. Y entonces ocurrió algo como un disparo: la entrada intempestiva, inesperada, de Angélica, que atropellándose en la fila que sin embargo la dejó pasar, venía a afirmar, a paso lento pero resuelto, su derecho a llorar al muerto, rompiendo todas las cadenas. Lloró sin lágrimas sobre el ataúd. Aquí estaban las plumas del pavo real, y sus manos tocaban las serpientes azules, verdosas, de ojos negros y amarillos. Le chorreaba su cabello sobre el cristal y sus manos parecían entonces acariciar todas las serpientes del paraíso.

*

Y las armas hablaron. La versión del hombre de papel era muy completa. Pero la del Cuña era superior, porque estuvo a su lado. En breve, los hechos fueron así. Habíamos partido de la Universidad con el objetivo de llegar a la Plaza Grande. La policía nos condujo a la altura de la Alameda y nos obligó a replegarnos con sus tanquetas y bombas lacrimógenas calles arriba, hasta el Tejar y Las Casas, donde el ejército nos había cercado. Literalmente atenaceados entre la policía y el ejército, corríamos ya en desbandada sobre las piedras por cuestras empinadas cuyas puertas laterales se abrían solidariamente para protegernos. Afirma el viejo, repitiendo al Cuña, que el Román pudo haberse refugiado a tiempo en alguna de las casas primeras. Pero, aunque ya sentía las experimentadas botas a sus espaldas y luego el rastrilleo de las armas, insistió en seguir corriendo cuesta arriba hacia la montaña. Jadeaba a su lado el Cuña que, extenuado, lo abandonó para tomar una transversal a la izquierda, muy cerca de la quebrada, donde los soldados se desentendieron de él para perseguir al Román.

Entonces supo que habían estado buscando a su amigo, no a él ni a ningún otro. Y comprendió además quién había dado las instrucciones, con absoluta precisión. El Román, con su cabellera roja era único, inconfundible, y más inconfundible aún visto a su lado.

La casa que dio hospitalidad al Cuña era de un modesto sastre de barrio. Construida con adobes, tenía un balcón con vista a la quebrada, que era una zopilotería y un gran hedor. Allí se asomó el Cuña y se acostó para que no lo vieran. Estaba sin duda en la última calle lateral porque más arriba comenzaba el bosque, más ensombrecido aún por el atardecer. Alcanzó a leer en un muro: NADIE SALE VIVO DE ESTA VIDA. Graznaban los grajos que volaban a recogerse en sus nidos. Las botas sobre las piedras seguían corriendo hacia la quebrada. El Cuña había perdido de vista a los perseguidores, pero percibía su ubicación por las voces, las pisadas, el movimiento de la maleza. Casi gritó cuando vio al Román escondido entre los breñales al otro lado de la quebrada, esperando acaso tender una emboscada suicida. Cuando llegó el pri-

mer soldado, dio un salto felino y se agarró a su fusil. El Cuña había visto ya esa imagen: quizá alguna representación de la lucha de Jacob y el ángel. ¿Pero qué? ¿Había acaso el Román olvidado que ese soldado no estaba solo, que todo un ejército seguía sus pasos? La lucha cuerpo a cuerpo duró poco: literalmente atenaceado al fusil ametralladora del soldado, el cuerpo del Román se resistía a soltarlo, a rendirse. Había derribado al soldado quien, espalda al suelo, seguía asiéndose de su arma. Entonces se oyó un disparo que resonó a lo largo de la hondonada. Grajos y gallinazos levantaron el vuelo en estampida. Al muchacho pelirrojo se le aflojaron los brazos y las piernas. Se derrumbó de bruces sobre el cuerpo de su enemigo, quien lo dejó caer sobre los matorrales.

XIII

He entregado a Angélica los poemas del Román.

Escribí ayer esta página:

Existe en este mundo un castillo que me pertenece, lo suficientemente grande para no conocerlo por completo. Cada vez que lo recorro por sus pasillos, torres o jardines, lo encuentro cambiado, distinto, desde un salón nuevo hasta una torre completamente derruida.

Mi castillo se encuentra rodeado por una impenetrable muralla que a su vez está rodeada por una zanja muy profunda. Esta contiene un agua verdosa y monstruosos lagartos que vigilan el lugar de una probable invasión. Hasta ahora no puedo explicarme cómo es posible encontrar agua en este lugar, puesto que el castillo se encuentra en medio de un vasto desierto.

De vez en cuando me gusta recorrer sus interminables pasillos e intentar abrir alguna puerta o ver por una ventana que no existía

antes, pero muchas veces me encuentro con candados y cadenas o con rejas que me impiden todo acceso. Hay secciones clausuradas por completo, custodiadas por guardas. Solo en mis sueños he podido combatir contra ellos para volver a entrar a esas habitaciones antes llenas, ahora vacías, y pensar que no me había costado ningún trabajo cerrarlas.

Este lugar es herencia de mi padre; de él ya no queda pertenencia alguna, solo el recuerdo de sus muros, unas paredes enormes que yo solía pintar de colores para que no se vieran tan sombrías. A veces pienso que sería mejor vivir en una simple casa pero sé que es imposible deshacerme de este lugar.

En este castillo hay multitud de salones, como el de música, el observatorio. El principal se encuentra en lo más alto de toda la construcción, hablo del salón de ajedrez, lugar en el que se conciben terribles batallas, elementales para la vida interior del castillo, sin vencedor ni vencido, interminables y silenciosas. También existe una multitud de calabozos en donde he encerrado a diversas personalidades que dejo salir libres según las circunstancias: un

caballero heroico, un mediocre, un arlequín, un asesino insaciable, un artista, un perdedor, un paranoico, un poeta, un demente, un bohemio, un melómano y un amante al que casi nunca dejo salir.

Hay un lugar en especial que me gusta visitar con regularidad; se encuentra en lo más profundo del castillo. Es muy oscuro y húmedo. Allí vive un gran amigo (no por el tamaño de nuestra amistad sino por el de su cuerpo): un majestuoso dragón verde. Casi no lo conozco porque es muy tímido y la única manera de verlo es por las pequeñas rejas de la gran puerta que lo contiene. No le he puesto nombre, pero debería llevar el de un enorme desierto, Gobi, acaso. Con frecuencia permanezco largas horas sentado al pie de su puerta haciéndole compañía (a decir verdad no sé quién acompaña a quién, si él a mí o yo a él); a veces le hablo y le cuento mis problemas: no sé si me entienda porque no habla; solo hace una serie de ruidos extraños que no logro comprender, pero sé que me escucha porque oigo que se sienta del otro lado de la puerta cuando me acerco y resopla.

Este castillo es mi territorio, el lugar donde estoy condenado a pasar el resto de mi vida. Sé que al final de mi existencia no va a ser el mismo sitio; si para mañana no lo será, mucho menos para cuando muera.

Para cuando muera.

Solo en la casa, solo entre las armas del Coronel. Con ellas juego y con los minutos, y ahora con las palabras. Estas páginas van a sobrevivir para el Coronel. Ignacio y Angélica vendrán a las doce y media. Serán los primeros. Y luego serán mis padres. Dispongo de toda la mañana. Nadie vendrá a interrumpirme. Escribo, pues, mi relato secreto.

Unos acaban porque al aproximarse a las cosas no encontraron más que ausencia de sentido, como una frase mil veces repetida o como bloques de granito. Acaban porque en una ráfaga de lucidez advierten haber repetido actos idénticos que han llegado a conformar una capa tan densa que ha vuelto impenetrable la vida. A la vuelta de la esquina ya es imposible sentirla y comprenderla. Otros acaban por desesperación, por enfermedad

incurable o por temor a la vejez. Alguno lo habrá hecho por filosofía. Otros por impaciencia y curiosidad.

Yo no.

No soy de aquellos que dejan notas de una terrible reserva y hasta el último instante se guardan los motivos. Digámoslo de este modo: soy un terrón que se desprende del bloque familiar, no para evitar ser juzgado, sino para castigar: me mato porque no soy capaz de matar a mi padre. Sé que me rebajo al rencor y a la venganza. (Qué extraño que en este momento se me hayan ido chorros de tinta sobre el papel. ¿Querrá mi pluma advertirme que sea breve?) En este mundo, o es él o soy yo. Su sangre me pide el sacrificio. Se lo cedo. Durante años he luchado, no por convivir con él, sino por darle motivos para que me elimine. Y, en el fondo, para darle la razón en lo que más adelante diré, si alcanzo a decirlo.

No quiero ser adulto. Tengo horror de la adultez, y la única adultez que conozco realmente es la del Coronel.

Sí. Iba diciendo. Siempre he creído acariciar a la muerte como de pronto se conquis-

ta a un perro rabioso y se lo vuelve sumiso. En tercas noches de insomnio he visto a la muerte llamándome, no en desfiles de ataúdes ni cadáveres, ni entierros, sino en el aleteo del simple silencio, en la imagen de un militar frente a mí, ofreciéndose desde el pie de la cama o desde el zaguán de la vieja casa, o frente a los espejos como irreprochable modelo de vida, siempre diciéndome sin voz: «este es tu padre, mírame, sígueme, eres como yo, no hay otro». Y era cierto, no había otro, porque al otro, al padre amado que me inventé y que apenas conocí, lo perdí en las nieves del Chimborazo. Miraba al frente, y estaba el Coronel; atrás, y estaba el Coronel; a mis costados, el Coronel, el Coronel, fue en mano. Hasta cuándo estas paredes. Hasta cuándo él. No sé hasta dónde intenté fugarme, perforar esas paredes y abrirme una ventana. El trato con los demás me dijo que al huir solo encontraría reflejos de mi padre. Es decir, su sangre asesina y sus genes que fatalmente están en mí. Ellos golpean, han golpeado las paredes de mi celda. No más. Desprecio para siempre su arrogancia, la de-

bilidad de su fuerza, las artimañas de que se valió para espiar a mis profesores. Él ha hecho de mí un delator, un traidor.

Interrumpo mi relato porque han tocado a la puerta de la casa. Han preguntado si hay ropa usada que venda. Ya no puedo volver atrás: he regalado al ropavejero todo mi ropero. Todo lo mío. Empiezo a no existir.

Tirado en la cama, me he fumado un cigarrillo.

Me levanto de nuevo y escribo:

Ya no tendré que imaginar más, como venganza, mi propia muerte: cómo me lloraría el séquito del Coronel (perdona que te incluya, Angélica, no lo mereces), cómo se desvanecería mi madre, y mi hermana, y pedirían el sueño al médico, a la farmacia, a la clínica, reclamarían la semilla de acónito maduro, quiénes cargarían mi ataúd, qué juicios emitirían, cuántas lágrimas verterían mis amigos, mis parientes; por qué sería recordado y por cuánto tiempo; quién divulgaría la noticia de mi muerte y en qué términos; en quiénes y por cuánto tiempo sobreviviría mi recuerdo. Esas fantasías casi me han

disuadido de mi intención. Pero no importan ya y es mejor así. Ocurre que al inventarlas acariciaba mi odio como a un gato. Mi muerte (¿es que puede ser *mía* mi muerte?, ¿es algo que se pueda poseer?, ¿no es más bien *su* muerte?) es una venganza contra el ejército que el Coronel utilizó para su causa y me privó de mi mejor amigo. No podría ocultar yo, espectador de mi propia muerte, una complacencia infinita en ver a los demás sufrir por mí. Entonces llorarían de verdad, hasta descomponerse, hasta perder el aliento, con un llanto parecido a la agonía. Todo el mundo desfilaría su pesadumbre frente a mi cadáver, como frente al Román. Culpables todos. ¿Quieren ustedes un cadáver? Ahí les va. Esto, más o menos, pensaba. Ahora ya no. Ahora solo importa él.

He interrumpido de nuevo para ir al baño. He orinado acaso por última vez. Leo lo que he escrito y me ha repugnado la idea de sobrevivir en el dolor ajeno. Me da asco. Me doy asco. Pero me consuela saber que este egoísmo es también de él y que lo voy a eliminar. No falta sino un gesto. Un gesto y se acaba

todo. No sería una mera curiosidad aquel espectáculo, sino una exaltación. Exaltación de mi yo que es ya cadáver y los hiere, y para el Coronel es un escupitajo, el único que le habré dado, y suficiente, lo mejor que habré hecho por él y por mí, y que ha de justificar mi existencia. Pronto seré para él yo mismo: un precioso, inmundo cadáver. Un cadáver que nunca acabe de oler mal y lo sofoque como en las cámaras de gas que sin duda le habría gustado usar para los otros, sus enemigos imaginarios, o reales, qué más da. Ya veo su pulcritud herida, rebajada; el temblor de sus charreteras, la caída estrepitosa de sus condecoraciones, la rotura de su sable, que tanto jugó conmigo. Ya veo la caída de su cabeza de toro degollada por su propia espada, que no es dolor sino deshonra y vergüenza; veo la irritación de sus lamparones comiéndole el cuello antes de que lo toque la espada, veo las grietas de su amor propio, las arrugas en la pulcritud de su uniforme, la cohorte de milicos rindiéndole honores de mala gana y con ojos escrutadores, y él sintiéndose miserable porque le abruma la vergüenza, y sus gafas

escondiendo la cólera y el odio y las ganas de dejar que el féretro no exista o se marche solo, que no haya que cargarlo, porque al hacerlo comprenderá que lo he desafiado una vez más y que esta vez lo he vencido con un disparo que lo humilla, que lo mata dejándolo vivo; deseará no dar la cara, nunca más aparecer en público, y mejor ser un fantasma porque la vergüenza; no podrá nunca más ver a nadie a los ojos ni leer los periódicos, que serán recogidos en la biblioteca del hombre de papel, y que Ignacio, el César, el Guarderas y acaso el Mono consultarán por costumbre.

Me he levantado y dirigido hacia la ventana. Me ha gustado repentinamente esta luz. ¿No será mejor huir,irme simplemente? Pero he sentido el peso del revólver en la mano y me ha vencido el placer de imaginar al Coronel revolcándose en el fango de la deshonra. ¿Qué diría el Coronel de su propia sangre fuerte que está en mí, él, instruido en Washington con las teorías darwinistas de la supervivencia del más fuerte, del expansionismo, del destino manifiesto de los

Estados Unidos y de la superioridad de una raza sobre las demás? ¿Qué pensaría, miembro del glorioso ejército nacional, súbdito del Pentágono y de la Casa Blanca, de lo que llegue a decirse de él y de su hijo suicida allá en el alto mando? ¿Cuáles serán los rumores, cuáles las palabras que lo maten de vergüenza y deshonor?: «Era su hijo, y llevaba su sangre, su sangre, su sangre» O: «La muerte nada heroica de ese hijo incapaz de matar una mosca deshonra de por vida al impecable, al íntegro». Creo que esto, más o menos, dirían.

A ti, mama Mariana, voy a fallarte, a tu leche vigorosa. Te traiciono, mamita linda. Pero qué le vamos a hacer. Estás hecha de sufrimiento: tú sabrás perdonarme. Dirás que fui a buscar a tu Eduardo y tendrás razón. Voy a buscar a tu Eduardo. Que Dios te bendiga.

Mono, amigo, supiste ascender y quedarte aquí donde el aire es menos, comprendiste mejor que yo, que todos, la altura, el color, la vida que se te reveló en Cotacachi y en Pedernales. Tengo conmigo la bella india que dibujaste y que César me la cedió.

He dado vueltas y más vueltas de cuarto en cuarto como de calle en calle. He dado cuerda al reloj. Estaba a punto de pararse. Me he detenido una vez más a contemplar ese San Jorge y el dragón que está en la sala, abajo. El Coronel regaló una copia semejante al Colegio de Angélica. El dragón es espantosamente feo pero inspira ternura: su cuerpo es un huevo pardo con patas y cabeza pesada. Me pregunto por qué la muchacha lo lleva por el cuello como a una mascota. Si es su mascota, ahí el villano cruel es San Jorge, entonces, es San Jorge. He visto tanto este cuadro. No sé qué tiene que me incluye, que nos incluye a todos.

He vuelto a subir. He desordenado la casa. Los cajones expulsan como diablos despavoridos las formas blancas rojas azules lanosas y trapos enviados al tintorero. En otra habitación he abierto y cerrado cajones y gavetas buscando no sé qué. Tengo lo que necesito: ¿a qué buscar, entonces? Miro la hora: las diez y diez. Empecé a escribir a las nueve. No vendrá gente sino a las doce y media.

Qué rara sensación de que lo que escribo es una cosa y lo que ocurre, otra. Cómo

mienten las palabras. Me encuentro en una frontera, tierra de nadie, suspendido y, sin embargo, las palabras siguen siendo máscaras. Suspendido. Nadie sabe lo que estoy viviendo, quizá ni yo mismo. Luego no me conozco, no sé quién soy, nadie puede conocerme. Nadie puede conocer a nadie. Y qué sensación de que mis palabras, esta prueba de que aún vivo, son mucho más terribles que lo que va a ocurrir en breve. Lo que va a ocurrir en breve es muy simple.

Los poemas del Román ocurren también fuera del papel. Lástima no tenerlos ya. Pero en manos del Guarderas están más seguros. Aquí morirían conmigo. Los mataría el Coronel. Samuel, Samuel Román: he cuidado tus poemas como me lo pediste y, a cambio, me has infundido valor para vivir y para morir.

Voy y vengo de nuevo. Estoy solo, como una col frente a Sirio. Sin embargo, no puedo evitar esta sensación de que me espían. Todo me refleja: el piso cuando camino, el papel cuando escribo, el sordo rumor de mis propias palabras, el peso del revólver en la mano, mi propia sombra como un eco. Todo es es-

pejo. Me estorba el cuerpo ya. Debo apurarme. Cuanto más pienso, más demoro. No se puede pensar sin tener miedo.

Angélica, madre, adiós. Las quiero mucho. No puedo ahorrarles esto. El demonio que llevo dentro es más fuerte que yo. Él decidió por mí. O él o yo.

Cómo este cuarto es ya una caja de muerto. Ha volado una mosca cerca de mí. Destápese el techo, la tapa del ataúd, ciérresela. Empiezo a saber quién soy. Aquellas baldosas se mancharán de rojo.

Me he mirado en el espejo del baño. Me ha crecido el bigotillo. Estoy pálido. ¿Qué habrá al otro lado del espejo? Una larga caída, un silencio. ¿Cosas? Cosas no, vacío, nada. Escupo este otro cigarrillo y acaricio y examino esta arma. Que nadie llame ahora, que nadie venga. Me siento dentro de una burbuja. ¿Será el tiempo? Casi lo puedo tocar. Es duro, como piedra. Hasta lo podría romper. Primero la ruleta rusa. El juego es elegante. Ridículo colgarse. La cuerda por este Smith y Wesson que acaricio y examino y le da presencia a mi

mano, existencia. Lo demás ya no existe: solo mi mano, el revólver y la cabeza *de él*.

Esto solo he visto en las películas. Todavía me lo cuento a mí mismo. Estoy sudando. Será un estampido. ¿Alcanzaré a oírlo? Debo olvidar esta cara. Mirar solo la otra, la otra, comida por los lamparones en el cuello. Cierro los ojos, los abro, será como volverse ciego. Las once en punto. Es hora ya. Este es el fin. Oigo la voz de mi padre aquí dentro de mí. El padre ausente y consustancial. En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu.

(Quito-México, 1997)

El confinamiento puede llegar a ser molesto, pero es un sacrificio menor frente a la conservación de la vida, como decía una amiga cuarentona en cuarentena: Es preferible confinado, que con finado.

La lectura es un ocio fecundo, es una forma de entendimiento social y una íntima batalla, sirve para aprender conocimientos y compartir el mundo, para saber más de los otros y de uno mismo.

Ofrecemos de manera gratuita el acceso a títulos que levantan el ánimo, fortalecen la perseverancia y pueden ser leídos en casa de manera virtual. Son libros breves, llenos de imaginación y vida.

Al mal tiempo buena cara.

www.casaaguez.com/cuarentena/

